Julián Sánchez Prieto "El Pastor Poeta"

Un alto en el camino

COMEDIA DRAMATICA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO • 50 cts.

17

GUTIERREZ

SEMANARIO ESPAÑOL

:-: DE HUMORISMO :-:

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos. Ribas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Roberto.—Barbero.—López Rubio.—Tono. Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.

CONCURSOS RAROS.—SECCIONES EXTRAÑAS

¡Contra la neurastenia!

¡Contra la hipocondría!

HUMORISMO SANO.—BUEN GUSTO

COMPRE V. TODOS LOS SABADOS

GUTIERREZ

Administración: Rivadeneyra (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20. — MADRID

JULIAN SANCHEZ-PRIETO

"EL PASTOR POETA"

(Freud)
1233

UN ALTO EN EL CAMINO

COMEDIA DRAMÁTICA
EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

Estrenada en Bilbao, en el teatro de los Campos Elíseos, la tarde del 22 de junio de 1927, por la compañía Meliá-Cebrián.

LA FARSA

AÑO II — 6 DE OCTUBRE DE 1928. — NUM. 56

MADRID

REPARTO

—o—

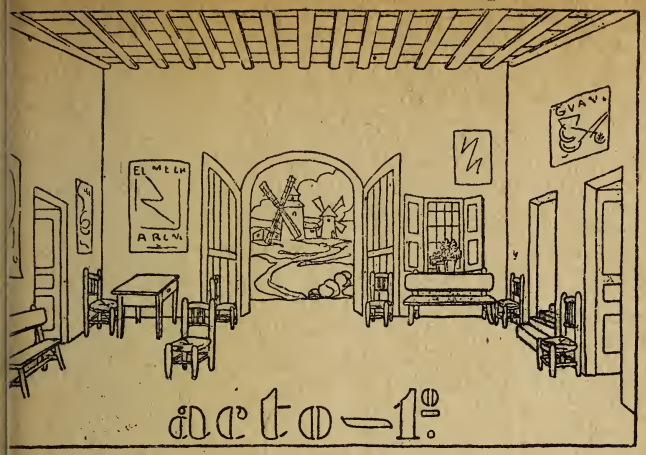
PERSONAJES	ACTORES
ROSALIA (mujer de Juan Francisco), 32 años	*Pepita Meliá.*
SOLEDAD (cupletista), 25 años	*Julia Lajos.*
TERESA (criada) X, 18 años	*Carmen Palencia.*
JUANA (criada) X, 30 años	*María Carrizo.*
INES (señorita de pueblo) X, 30 años	*Angelita Palencia.*
CATALINA (madre de Rosalía) X, 65 años	*Carmen Sánchez.*
LA TIRANA (artista vieja) X, 60 años	*Catalina Cerviño.*
CORALITO (cupletista) X, 20 años	*Angelita Palencia.*
MIMI (cupletista) X, 18 años	*María Valdés.*
JUAN FRANCISCO (labrador acomodado), 35 años	*Benito Cebrián.*
SEBASTIAN (tratante de mulas) X, 30 años	*José Calle.*
TOMIZA (viejo guarda), 60 años	*Gonzalo Llorens.*
RUFINO (padre de Rosalía), 62 años	*Joaquín Regalez.*
JOSE (criado de labranza) X, 25 años	*José G. Castro.*
JUAN RAMON (gitano) X, 40 años	*Fernando Venegas.*
PEPE LUNA (actor) X, 40 años	*José Oviés.*
DAVID BAILESTER (crítico de teatro) X, 32 años	*Ricardo Villada.*
POLIN (pollo «bien») X, 20 años	*Emilio González.*
LIGERO (corredor de fincas), 50 años	*Delfín Prieto.*

Pastores, gañanes y mujeres del pueblo.

La acción de los actos primero, segundo y cuarto, en una finca de Castilla. La del acto tercero, en Madrid: Epoca actual.

NOTA.—Los personajes señalados con (X) son susceptibles de doblar papel, si por las necesidades de personal en la Compañía se hiciera preciso.

OTRA.—La artista encargada del papel de SOLEDAD procurará dar algo acento andaluz a su intervención en la comedia.



acto—1º

ortal grande de casa de labor. Al foro, puerta ancha, por la que se deja ver el
o lleno de verdor, y cuyas siembras lozanas y brillantes van a fundirse con el
del cielo en la lejanía. A la izquierda de la puerta del foro, ventana. A la izquierda,
ero y segundo término, puertas practicables que dan entrada a las habitaciones
s dueños. La puerta del segundo término tiene acceso por unos peldaños, pues
n conducir a habitaciones altas. A la derecha, puerta practicable. A lo largo de
redes, bancos de madera y sillas. En segundo término, a la derecha, mesa grande
ua y tosca. Las paredes adornadas con papeles de propaganda de material agrí-
tales como abono, maquinaria, etc., etc. Izquierda y derecha las del actor.
n las once de una mañana espléndida de mayo.

ESCENA PRIMERA

ESA. *(Planchando sobre la mesa, en la que habrá colocada una manta de cuadros de las que usan los labradores.)*
Si sigues en ese afán,
lograrás que no te escuche.
É. *(De pie, al otro lado de la mesa.)*
¡Teresa!
ESA. No seas buche.
É. ¿Yo buche? ¡Rata!
ESA. ¡Gañán!
É. ¡Señoritinga!
ESA. Mejor.
É. ¡Qué más quisieras, so loca!
ESA. ¡Bestia!
É. Cállate la boca...

675333

TERESA. *(En tono burlón.)*
¿Se ha molestado el señor? *(Ríe.)*
JOSÉ. *(Amenazador.)*
No te rías.
TERESA. ¿Te molesta?
JOSÉ. No me molesta. Me duele
que lo mismo que a un pelele
me trates... y es mucha fiesta
la que yo estoy aguantando.
TERESA. ¿De veras?
JOSÉ. Como lo digo.
Tú estás jugando conmigo...
y ya me voy yo cansando.
TERESA. Pues... toma asiento.
JOSÉ. ¡Teresa...!
Tengamos la fiesta en paz.
Mira que yo soy capaz...
TERESA. *(Atajándole.)*
No me coge de sorpresa
de que eres capaz de hacer
alguna borriquería.
JOSÉ. Pues no sabes todavía
lo que tienes que saber.
TERESA. Dicen que nadie se acuesta
sin aprender algo nuevo.
¿Qué es ello, José?
JOSÉ. Que llevo
muy pecho arriba la cuesta,
que estoy harto de aguantar...
y de hoy no pasa.
TERESA. No entiendo.
JOSÉ. Que lo que tú estás haciendo
conmigo te va a pesar.
TERESA. Oírte es lo que me pesa.
(A una señal de ira de José.)
Bueno, ¿quieres explicarte?
JOSÉ. Que de algún tiempo a esta parte,
no eres la misma, Teresa.
Ya no sales a la puerta
cuando yo vengo de arar,
ni contestas mi cantar
si doy la reja a la huerta;
ni te veo en la ventana
cuando la aurora despunta
y salgo yo con mi yunta
camino de la besana.
TERESA. No hay otra cosa que hacer
que esperarte noche y día.

ÓSÉ. ¿Y antes?
ERESA. Si antes salía,
eso me has de agradecer.

ESCENA II

DICHOS y TOMIZA. Es un viejo guarda de la finca.

OMIZA. José, ¿y el amo?
ÓSÉ. En la huerta.
OMIZA. Dile que está ahí Sebastián.
ÓSÉ. ¿Con las mulas?
OMIZA. *(A José, que sale.)* Ahí están.
Oye: abre al paso la puerta.
ERESA. Pero, padre, ¡cómo viene!
¿Se cayó?
OMIZA. En la carretera.
Un auto—¡que así se muera
to el que esos cacharros tiene!—;
me espantó a la *Sinforosa*...
a la borrica. ¡Rabiara!
ERESA. Venga le limpio la cara.
(Lo hace.)
OMIZA. ¡La borriquita dichosa!
Por algo la puse yo
como se llama tu madre.
ERESA. Con usted no sirve, padre;
¡siempre igual!
OMIZA. No. Siempre, no.
Que ahora vengo reventao.
ERESA. ¡Luego dice usted que salta
madre! Por fuerza. La falta...
OMIZA. Oye, tú, ¿quién te la ha faltao?
¿No es tu madre mi mujer?
¿Y la borrica, no es mía?
¿A las dos, día por día,
no las echo de comer?
Pues si a las dos las comparo
lo mismo, no me des queja;
que forman una pareja
como una yunta. ¿Está claro?
Las dos por igual renquean
dando de viejas señales,
y las dos, pa ser iguales,
de cuando en cuando, cocean.
ERESA. *(Riendo.)* Pero madre, piensa...
OMIZA. Chica:

eso no te lo consiento;
que si apuestan a talento,
quizá gane la borrica.

ESCENA III

DICHOS y JUAN FRANCISCO. Después, ROSALÍA.

JUAN F. *(Por el foro.)*
Buenos días, Tomiza.
TOMIZA. Buenos, buen mozo.
Que los tengas felices.
JUAN F. Gracias.
(A Teresa.)
Teresa,
saca vino a tu padre.
(TERESA *sale por primero derecha y vuelve a p*
con un jarro.)
¿Qué hay por la dehesa?
TOMIZA. ¿Qué va a haber? Buena siembra. Verle da goz
JUAN F. *(Llamando.)*
¡Rosalía!
ROSALÍA. *(Por primera derecha.)*
¿Llamabas?
Buenos días, Tomiza.
TOMIZA. Buenos, ama.
ROSALÍA. *(A Juan Francisco.)*
¿Qué quieres?
JUAN F. Que vienen a comer
tus padres.
ROSALÍA. ¿Quién lo ha dicho?
JUAN F. Julio, que les vió ayer
en el pueblo.
ROSALÍA. Me alegro.
TOMIZA. Voy a la corraliza,
que suenan las muletas.
(A Juan Francisco.)
¿Vienes?
JUAN F. Voy en seguida.
ROSALÍA. Teresa: Di a la Juana
que aumente la comida.
Matar un par de gallos,
que vienen los abuelos,
y no han de venir solos.
Hacer unas croquetas,
flanes y unos buñuelos,

que cumple años el amo,
y hay que hacer los honores.

TERESA. Está bien. Mataremos
los dos gallos mejores.
(Sale.)

ROSALÍA. *(Al ver que Juan Francisco la mira con arrobo.)*
¿Qué miras, Juan Francisco?

JUAN F. Miro a mi esposa,
que hoy está como nunca.

ROSALÍA. ¿De qué?

JUAN F. De hermosa.

ROSALÍA. ¡Qué cosas dices!
Lo sea o no lo sea, somos felices.
¿No es verdad?

JUAN F. Ya lo creo, rosa de mayo.

ROSALÍA. ¡Y dale, Juan Francisco!
Calla.

JUAN F. No callo.
Si cada día
me parece más guapa mi Rosalía.

ROSALÍA. ¡Sí que está fino el tiempo!

JUAN F. Como tu cara.

ROSALÍA. ¡Y dale!

JUAN F. ¿Es por ventura cosa tan rara
el que eche flores
el marido a la reina de sus amores?
¿Por qué, si a mí me gusta más cada día,
y me tiene más loco mi Rosalía,
lo he de callar?

ROSALÍA. *(Sonriendo.)*
Gracias que ya en diez años me hice al cantar.

JUAN F. ¿Qué hay en ello de extraño?
Lo raro fuera.
que conforme lo siento no lo dijera.
(Riendo.)
Y eso que tengo
otra novia.

ROSALÍA. *(Burlona.)*
¿Otra novia?

JUAN F. De verla vengo.

ROSALÍA. *(Burlona.)*
Perdona que te diga
que desvarías.

JUAN F. ¡Ah! ¿Sí? Pues yo la veo
todos los días.
No hace una hora
la estaba visitando.

ROSALÍA. ¿Sí?

JUAN F. Sí, señora.
Es como tú, risueña;
como tú, honrada.
Como tú, cariñosa
y enamorada.
Sois tan iguales,
que en mi amor vale tanto
como tú vales.

ROSALÍA. *(Algo picada por la seguridad con que habia Juan Francisco.)*
¿Quién es ella?

JUAN F. ¿No aciertas?

ROSALÍA. ¡Quién adivina!

JUAN F. Es como tú, manchega.
Más campesina...

ROSALÍA. *(Ya seria.)*
¿Qué novia es esa?

JUAN F. ¿Pero no caes?

ROSALÍA. No caigo.

JUAN F. ¿No? Nuestra dehesa.
La que desde tus brazos
voy a los suyos.
La que me da caricias
con sus arrullos.
La que me aguarda
para que yo la cuide
su tierra parda.
La que apenas despierta
la luz del día
ve llegar a mis yuntas
con alegría.
La que aprovecha
mi amor, para pagarle
con su cosecha.
La que a fuerza de echarle
nuestro sudor,
entre todas las buenas,
es la mejor.
La que contigo,
por amante y por buena,
yo la bendigo.
La que antes era brava
como las fieras,
y hoy tiene la ternura
de las corderas.
La que es tan mía,
como en cuerpo y en alma
mi Rosalía.

OSALÍA. Ya se ve que la quieres.
JAN F. ¡No he de quererla!
Si pasé más trabajos
al poseerla ..
Si hasta lograrla
ya sabes mis fatigas
al roturarla.
¿Te acuerdas, Rosalía,
de aquella tarde
que me dijo tu padre
que era un cobarde,
si la dejaba?
¿Que sería más suave
cuanto más brava?
Y la compré. ¿Te acuerdas?
Se ha vuelto loco,
decían. Y nosotros,
poquito a poco,
sin hacer caso,
la fuimos poseyendo
pasito a paso.
Yo abriendo con mi reja
su virgen seno;
tú amasando la hogaza
del pan moreno...
OSALÍA. *(Emocionada por el calor del acento de Juan Francisco.)*
¿Quieres callar?
¿No ves que si no callas
voy a llorar?
UAN F. *(Con más fervor.)*
Deja que lo recuerde
con regocijo.
Me dió la primer siembra;
tú el primer hijo;
pues a las dos,
por buenas y fecundas,
bendijo Dios,
y cada vez más fuerte,
con más idea,
me pegué a los terrenos
en la tarea.
Ella después
me dió su alma en gavillas
de rubia mies
y en rojas amapolas
como tus labios;
y ajenos de temores

y de resabios,
aquí vivimos,
cantándole a la vida
lo que sentimos.
¿No es para estar contento?

ROSALÍA. Sí que lo es.

JUAN F. Pues a ver quién se quiere
como los tres.
(Reparando en sus ojos.)
¿Pero lloras?

ROSALÍA. De oírte.
Porque tu acento
sabe buscar al alma
su sentimiento.
Porque tú eres
como un dios, cuando dices
cómo nos quieres...
Y además, ¡porque oírte
me causa pena!...

JUAN F. ¿Pena, cordera mía?
¡Tú no estás buena!
¿Pena, por qué?

ROSALÍA. Porque sí, Juan Francisco;
yo bien lo sé.
Tú es que no te das cuenta.
Con tus gañanes,
tus pastores, tus siembras
y tus afanes,
nos abandonas.
Tú, detrás de tu yunta,
no reflexionas
que ya cumplió nueve años
nuestro Rufino;
que se cría salvaje
como un espino.
Que aquí no aprende nada;
que no hay escuela...
Y esto, marido mío,
me desconsuela.

JUAN F. ¿Y es todo eso?
Podéis iros al pueblo.

ROSALÍA. Sí. Tú aquí preso
y nosotros al pueblo.
No, Juan Francisco.
Deja ya la besana;
deja el aprisco.
¿Vas a perder la hacienda
porque lo hagas?

JUAN F. Pero, mujer...
ROSALÍA. ¿No son nuestros gañanes
de los mejores?
¿No sucede lo mismo
con los pastores?
Que ellos solos se arreglen.
Aunque después
tú vuelvas cuando quieras.
Vienes, los ves,
dispones todo.
JUAN F. Si es que yo a estarme quieto
no me acomodo.
ROSALÍA. ¡Juan Francisco!
JUAN F. *(En un arranque, después de una pausa.)*
¿Lo quieres, paloma mía?
Pues se hará lo que mande
mi Rosalía.
Desde mañana
daré a José mi yunta;
y a la semana
yo vendré un par de veces;
daré una vuelta...
ROSALÍA. ¿No me engañas?
JUAN F. ¿Qué dices? Ya está resuelta
la cuestión.
ROSALÍA. *(Sin creerlo.)*
¿Sí?
JUAN F. ¿Cómo que sí?
¿No sabes quién manda aquí?
ROSALÍA. *(Mimosa.)*
El amo.
JUAN F. Y en el amo,
¿quién va a mandar?
La que escogió mi pecho
para su altar.
ROSALÍA. ¡Qué zalamero!
JUAN F. ¡Qué orgullosa te pones
porque te quiero!
Me da la gana.
Vas a ver cómo cambio.
Desde mañana
ni yuntas, ni ganados,
ni sementeras.
Sólo hará Juan Francisco
lo que tú quieras.

ROSALÍA. *(Casi llorando de ternura.)*
¡Con qué alegría
te escucha, Juan Francisco,
tu Rosalía.

ESCENA IV

DICHOS y JOSÉ por la derecha.

JOSÉ. Amo.
JUAN F. José. A tiempo llegas.
Pasa, que tengo que hablarte.
¿Le has dicho al chalán que aparte
seis mulas de las manchegas?
JOSÉ. Ya están.
JUAN F. Ahora pasaremos.
ROSALÍA. Yo voy a ver cómo son.
(Sale por la derecha.)
JUAN F. *(A Rosalía.)*
Que pasen al porcherón,
que después ya las veremos.
José: porque tengo en ti
más que en nadie confianza
vas a llevar la labranza
desde mañana.
JOSÉ. ¿Yo?
JUAN F. Sí.
Aquí necesito un hombre
que sea capaz y honrado
para dejarle encargado
de llevar esto en mi nombre.
Ya tengo el chico mayor,
que mala vergüenza da
que no sepa ni la a.
Si es que ha de ser labrador,
tiempo habrá de acostumbrarlo
después que aprenda a leer.
Por eso, ahora hay que ver
la manera de educarlo.
Lleva razón Rosalía.
Tú aquí te quedas al frente
de la labor, y Clemente
lo hará de la pastoría.
Los dos sois trabajadores,
entendidos...
JOSÉ. Ya usté ve;
lo que uno pueda...
JUAN F. Lo sé.

Los dos sois a cuál mejores.
Tú labrarás con mi yunta.

JOSÉ. ¡¡Con su yunta!?

JUAN F. ¿Por qué no?

JOSÉ. ¿Y de veras valgo yo...?

JUAN F. Me hace gracia la pregunta.

JOSÉ. ¡Yo con la yunta alazana!

JUAN F. Cuando yo a ti te la entrego
es porque vi desde luego
que vales. Desde mañana
tú la echarás la collera.
¿La cuidarás?

JOSÉ. Como usté.

JUAN F. Pues vamos a ver, José,
cómo haces la barbechera.
Tú no hagas cuenta de mí.

JOSÉ. Váyase usté descuidao
que irá tóo mu bien llevao.
Pa eso me quedo yo aquí.
¿Se rotura el tomillar?

JUAN F. Cuanto más tierra mejor.

JOSÉ. Al aumentar la labor
nos va a hacer falta otro par.

JUAN F. *(Ya de pie.)*
Tú por eso no repares.
¿Para qué son las pesetas?
Si me gustan las muletas
te compro dos o tres pares.
(Salen los dos por la derecha.)

ESCENA V

JUANA y TERESA por el foro, con canastillos o cestos de ropa, que dejan sobre la mesa.

JUANA. ¿Entonces, por lo visto,
reñiste con José?

TERESA. Casi, casi; me aburre
ya con tanto mareo.

JUANA. Tú te tienes la culpa.

TERESA. ¿Yo?

JUANA. Sí. Por darle pie.
Si es que no le querías...

TERESA. Ha sido un devaneo
para matar el tiempo.

JUANA. El lo tomó con fe.

TERESA. Pues con el mismo empeño

que lo tomó, que haga
por dejarlo.

JUANA. ¡Teresa!

TERESA. Fué una distracción.
¡Esto es tan aburrido!
La vida aquí se apaga
como esas grandes cinas
donde hacen el carbón,
sin que luzca siquiera
un momento la llama.
Aquí todo envejece:
el cuerpo y la ilusión.
Yo ya le he dicho al ama
que me marcho.

JUANA. ¿Te marchas?

TERESA. Me voy en cuanto pueda.

JUANA. ¿Dónde vas?

TERESA. A Madrid.

JUANA. ¿A Madrid?

TERESA. ¿Te sorprende?
La vida aquí no rueda.
¡El campo es cosa muerta!
¡Siempre las mismas caras!
¡Siempre la misma tierra!
Ya ves quién te pretende.
¡Un gañán!

JUANA. Bien. ¿Y qué?
Pero es trabajador.

TERESA. Para pasar trabajos
no habrá un novio mejor.

JUANA. Ten cuidado, Teresa...

TERESA. ¿De qué?

JUANA. Que no reparas...

TERESA. ¿Qué quieres que repare?
Si he de decir verdad,
el campo me entristece;
me gusta la ciudad.
¡Madrid! Por San Isidro
estuve allí ocho días,
que no pienso pasarlos
en la vida, mejor.
Aquello es alegría;
todo es encantador;
el ruido de los coches,
los autos, los tranvías.
Bajé al metro seis veces;
monté en el autobús.
Los días se pasaron

en un decir ¡Jesús!
Ni más ni menos que esto;
siempre tan aburrida.
¡¡Uy!! Te digo... ¡Qué horror!
(Cogiendo los cestos, iniciando el mutis.)

ANA. Si vamos a este paso
no hacemos la comida.

ROSA. Vamos.

ANA. Mientras yo guiso,
tú arregla el comedor.
(Salen por la izquierda.)

ESCENA VI

TOMIZA y ROSALÍA, por la derecha.

TOMIZA. Por lo que ha dicho José,
¿os vais mañana del campo?

ROSALÍA. Mañana. ¿Qué le parece?

TOMIZA. Mujer. Si te he de ser claro,
que sus voy a echar de menos.
(Aparte.) Y voy a echar menos tragos.

ROSALÍA. Ya me ha dicho Juan Francisco
que José queda encargado
de la labor.

TOMIZA. Pué dejarle.
Porque José es un muchacho
formal y trabajaor,
y aluego tiene una mano
pa sembrar... No quita pinta
en ser labraor al amo.

ROSALÍA. A Juan Francisco no llega.

TOMIZA. No. Pero se va arrimando.
Yo ya los he visto juntos
de alomar la tierra el cuadro,
¡y vaya un par de inginieros!,
y eso que llevaban gancho,
¡qué bien sudaban las mulas!,
pero ahí está.

ROSALÍA. Y usted, ¿cuándo
no va a dar guerra a su esposa?
Mire que es usted...

TOMIZA. Pa chasco
que a ti no te lo parlase.
Ya te ha dicho que la llamo

Sinfonosa a la borrica,
¿verdad?

ROSALÍA. No sea usted malo,
que esas cosas me disgustan.

TOMIZA. ¿Malo, yo? Si soy un santo.
Lo que pasa es que es más tonta
que pescar en el secano.
¡Estoy ya de inventos...!

ROSALÍA. ¿Sigue?

TOMIZA. Eso la trae fuera cacho.
Tóo su afán es inventar
algo que no esté inventao.
¿Qué dirás que hizo antiyer?
En una taza de caldo
echar un puñao de azúcar
y otro de pimienta y ajos.

ROSALÍA. Tiene gracia.

TOMIZA. Y tú verás:
Aquello sabía a rayos.
¡Como pa dale a machote!
¿Y cuando me guisó el ganso
con bellotas, porque oyó
que en Madrid se está estilando,
pistos de pollos y peras?
¡Amos! ¡Pa dale un trastazo!

ROSALÍA. ¿Por qué no la lleva al médico?

TOMIZA. Ya la vió el veterinario,
que es igual, como quien dice.

ROSALÍA. ¿Y qué dijo?

TOMIZA. Que era un caso
de «esterismo». Y debe ser:
porque le ha dao po el esparto...
Y ha deshecho los jergones.

ROSALÍA. ¿Para qué?

TOMIZA. Pa dormir blando.
Como ha visto a los choferes
que las ruedas de los autos
se llenan a fuerza de aire,
en el jergón metió el caño
de los fuelles... y allí está
sopla que sopla hasta hinchalo.

ROSALÍA. *(Riendo.)*
Después de todo es gracioso.

TOMIZA. Sí. Pa velo desde largo.

ESCENA VII

Dichos y RUFINO, INÉS y CATALINA, por el foro.

RUFINO. ¿Quién anda aquí?
CATALINA. ¡Rosalía!
ROSALÍA. ¡Madre!
CATALINA. ¡Hija mía!
ROSALÍA. *(Después de separarse de los brazos de su madre.)* ¡Hola, Inés!
INÉS. *(A Tomiza.)* ¿Qué tal, Tomiza?
TOMIZA. Ya ves. Dando guerra todavía.
ROSALÍA. Bien temprano se ha venido.
CATALINA. Sí. Se empeñó en madrugar tu padre.
INÉS. Vamos a dar los días a tu marido. ¿Dónde anda?
ROSALÍA. Pasó a ver unas mulas.
RUFINO. *(A Tomiza.)* Qué ¿le gustan?
TOMIZA. Sí, señor.
RUFINO. Si las ajustan le vamos a sorprender.
TOMIZA. Dos yuntas tiene escogías...
RUFINO. ¿Finas?
TOMIZA. Finas.
RUFINO. ¿Pelo?
TOMIZA. Negro.
RUFINO. Pues esas, por ser sus días, se las regala su suegro.
TOMIZA. ¡Bien hecho!
RUFINO. ¿Qué te parece?
TOMIZA. ¡Que le va usté a dar un palo!...
RUFINO. Es que si se las regalo mi yerno se lo merece. Vamos a verlas. *(Yéndose con Tomiza y dirigiéndose a las mujeres.)* ¿Pasáis vosotras?
CATALINA. Ya pasaremos.
ROSALÍA. Ya las verán.
INÉS. Ahora iremos.

CATALINA. Ahora no se irán.
Ya iremos.
RUFINO. Bien, pasar cuando queráis.
(Sale con TOMIZA *por la derecha.)*

ESCENA VIII

ROSALÍA, INÉS y CATALINA.

INÉS. ¿Y dices que por fin
accedió tu marido
a marcharos al pueblo?
ROSALÍA. Sí. Ya se ha convencido.
CATALINA. Ya es hora de que salgas
de este encierro, hija mía.
ROSALÍA. ¿Encierro? Si es mi gusto.
Si aquí me pasaría
lo que falta de vida,
sin salir de mi casa.
Si aquí hay mucha alegría.
Pero claro, en el mundo,
todo tiene su tasa.
Hay que educar los hijos...
CATALINA. Y hay que hablar con la gente.
INÉS. Yo aquí me moriría.
ROSALÍA. Pues a mí se me pasa
sin sentir todo el tiempo;
yo estoy divinamente.
Cuidar de mis gallinas,
repasar los costales;
arreglar de los rollos
lo que gastó la brega;
ver a mis corderillos
triscar por los eriales,
y bajo este sol vivo,
que las pupilas ciega,
contemplar todo el oro
de mis trigos candeales.
Escuchando canciones
que el viento desparrama,
tener aves y flores
por leales amigas;
y entre los ramilletes
de mis siembras en rama,
recibir el tributo
que se le debe al ama,
cuando al pisar los surcos

me besan las espigas,
y en blandos cabeceos
se inclinan a mi paso
cantando sus amores
en caricias de raso.
Aquí lo tengo todo.
Esposo que me adora;
hijos, dicha y hacienda.
¿Qué más puedo pedir?
A Dios ofendería
si me quejase ahora.

TÉS. Tú dirás lo que quieras;
pero esto no es vivir.

OSALÍA. Modo de ver las cosas;
tú naciste señora,
y yo, desde pequeña,
fuí para labradora.

TÉS. Igual que Juan Francisco.
¡Valiente par se junta!

ATALINA. ¡De qué os serviría
que estudiaseis los dos!
Para coser costales
y él ir con una yunta,
maldito si aprovecha.

OSALÍA. Calle, madre. ¡Por Dios!

ATALINA. ¡Miserablones!

OSALÍA. ¡Madre!

TÉS. Lleva razón.

OSALÍA. No lleva.
Si cada cual disfruta
con lo que le apetece,
y es lo que más le agrada
lo que mejor le prueba,
mi Juan Francisco goza
mirando cómo crece
la semilla que cubre
cuando empuja la esteva.
La que la tierra acoge
y en su entraña florece;
la que a su calor nace;
la que después se eleva
mostrando en cada tallo
que al viento se estremece,
una ilusión lograda
y una esperanza nueva.

TALINA. No hay quien pueda con ella.
No sale de sus trece.

ROSALÍA. *(Después de una breve pausa.)*
Pero la vida manda
y hay que vivir la vida.
Mañana nos marchamos.
INÉS. ¿Mañana?
ROSALÍA. Sí, mañana.
Ahogos me dan al pecho
pensando en la partida.
INÉS. Pero, mujer, ¿qué dices?
Eso es que tienes gana
de que te digan tonta.
ROSALÍA. Llámame como quieras.
Mas si he de serte franca,
ya estoy arrepentida.
INÉS. ¿Qué quieres, estar siempre
lo mismo que las tieras?

ESCENA X

DICHOS y JUAN FRANCISCO por la derecha.

JUAN F. *(Que ha oído los últimos versos, en tono de broma*
Pero, bueno, ¿qué es eso?
Ya estamos de quimeras?
INÉS. *(Dándole la mano.)*
Felices, campesino.
JUAN F. Gracias, Inés.
Tanto bueno por casa.
¿Qué tal, abuela?
CATALINA. Bien. Mil felicidades,
gato montés.
¿Y mis nietos?
JUAN F. Al tinto la coronela
marcharon a por tallos.
CATALINA. ¿Los tres?
JUAN F. Los tres.
Ya vendrán.
ROSALÍA. ¿Habéis hecho?
JUAN F. Ahora veremos.
¿Y las chicas?
ROSALÍA. Guisando.
JUAN F. Pues saca pan
y algo para que beban.
CATALINA. *(A Rosalía, que indica el mutis.)* Te ayudaremo
nosotras.
(Mutis las tres por primero izquierda, para sa
a poco acompañadas de TERESA *y* JUANA, *trayen*

vino en un jarro, una jarra pequeña y una media fuente con trozos de jamón, pan y un mantel, que colocarán sobre la mesa.)

UAN F. ¿Pero y estos, qué es lo que harán?

ESCENA XI

ICHOS y RUFINO, TOMIZA, JOSÉ, SEBASTIÁN, JUAN RAMÓN y GAÑANES. Todos por la derecha.

UAN R. *(A Rufino.)*
Arrepare usté, señor,
que son cuatro claveyinas.

UFINO. Sí, pero tienen sus cosas.

EBASTIÁN. *(Aparte.)*
Ya empezamos con rutinas.

UAN R. Ya sabe usté que las rosas
son rosas y tien espinas.

OMIZA. Paecen algo repelosas.

EBASTIÁN. Sangre que tienen. Más finas,
más limpias y más hermosas
no se encuentran tan aínas.

UAN R. ¡Si son las mulas preciosas!
Las cuatro negras, molínas,
güenas hechuras, garbosas,
mansas como golondrinas,
con siete deos, nerviosas.
¡Si son cuatro golosinas!
Las cabezas orgullosas...

OMIZA. Güeno, a ver cuando terminas.

UAN F. Oye, Sebastián; al grano.
El precio.

EBASTIÁN. Pónselo tú.

UAN F. No.

EBASTIÁN. Sí.

UFINO. No.

UAN R. Por mi salú
que esto ya dura un verano.
(A Sebastián.)
Pídele ya.

EBASTIÁN. *(A Juan Francisco.)*
¿Como amigos?

UFINO. Venga. Sin gitanear.

OMIZA. Va a hacer falta pa tratar
juez, secretario y testigos.
Pídele ya de una vez.

EBASTIÁN. ¿De una vez? Doce billetes.

JUAN R. ¡Bien hablao!
TOMIZA. Tú en tóo te metes.
JUAN F. *(A Rufino.)*
Ofrezca usted.
RUFINO. ¿Yo?
JUAN F. Sí.
RUFINO. Diez.
SEBASTIÁN. ¡Tío Rufino!...
RUFINO. Ya está dicho.
Cobras cuarenta mil reales...
SEBASTIÁN. Y la razón.
RUFINO. No. Cabales.
JUAN F. Ya paga bien el capricho.
JOSÉ. No salió mal el abuelo.
JUAN F. Las paga.
SEBASTIÁN. No es despreciarlas,
pero yo no puedo darlas.
Tiene que subir.
RUFINO. Al cielo.
TOMIZA. Ya están bien.
JUAN R. *(A Tomiza.)*
Si fueran suyas...
SEBASTIÁN. ¿Plazos?
JUAN F. A dinero sano.
SEBASTIÁN. *(Alargando la mano a Juan Francisco.)*
Pues, Juan Francisco, la mano,
que las muletas son tuyas.
JUAN R. ¡Regalás! ¡Diez mil beatas!
TOMIZA. Si pagases tú...
JUAN R. ¡Chavó!
¿Qué?
TOMIZA. Que entonces pué que no
te paicieran tan baratas.
RUFINO. *(A Sebastián.)*
Tú, cuando quieras cobrar
las mulas, vas a mi casa.
SEBASTIÁN. *(Sorprendido.)*
¿A su casa?
RUFINO. Sí. ¿Qué pasa?
Se las quiero regalar
a mi yerno.
JUAN F. ¡Tío Rufino!..!
RUFINO. Tú te callas. Es mi gusto,
por ser tus días, y es justo
que obedezcas. Venga vino.
(Los gañanes aplauden. Todos beben de la jarra pequeña, que irán llenando del jarro.)

JUAN R. Como Juan Ramón me llamo,
que m'ha gustao la salía.
(Alzando la jarra, en acción de brindar.)
Por la señá Rosalía,
y por tóos.
(Bebe.)

TOMIZA. Que brinde el amo.

JUAN F. *(A los gañanes que aplauden.)*
Brindar vosotros.

GAÑANES. No; usté.

TERESA. Que brinde.

TODOS. Que brinde.

ROSALÍA. Brinda.

JUAN F. *(A Rosalía.)*
¿Lo quieres, labios de guinda?
Si es tu gusto, brindaré.
(A los demás, estirándose gallardo y majestuoso.)
¿Qué brinde, amigos míos? Llenad la jarra.
(La llena José y se la entrega.)
Brindaré por mi yunta; ¿por quién mejor?
Si es, con el clamoreo de la chicharra,
cuando el arado clava su fina garra,
la eterna compañera del labrador.
Si ella vive su vida y es el testigo
más cercano a sus gozos y a sus pesares;
Si ella tiene consejos de buen amigo
al regar el barbecho que le da el trigo
con el sudor que vierte de sus ijares.
¡Por ella va mi brindis! Por esa yunta
de labor, que hace un trono de los terrones
y de las mies cereña, las procesiones,
cuando en el acarreo su fuerza junta,
luciendo sobre el lomo las guarniciones.
La que airosa pasea las barbecheras
y al pegarse a la tierra suda y resopla;
y al cantar las alondras más mañaneras,
acompaña el acento de sus collerás
al gañán cuando dice la primer copla.
La copla que se extiende por la llanura,
como pregón sincero de recia calma,
y es un clarín de guerra por su bravura.
La que sube a los labios sentida y pura,
porque el gañán la lleva dentro del alma.
Esa copla que es sangre, por lo valiente,
y es chorro de agua clara de mansa fuente,
y es como flor de almendro por lo sencilla.
Y es serena y honrada, como la frente
de las gentes del campo de mi Castilla.

(Cada vez más exaltado, con fervorosa devoción, que irá creciendo hasta el final.)
Por mi yunta romera. Por la alazana.
Por la negra mercilla como la mora.
Por la roja encendida, como la grana.
Por la que al sol brillante de la mañana
luce sus gallardías de emperadora.
Por la que en los rastrojos la sangre deja.
Por la que como a novia se corteja,
mira la gañanía por lo garbosa.
Por la que al andar clava la dura reja,
y hace abrirse la tierra como una rosa.
Por la que es entre todas la preferida.
Por esa noble yunta que quiero tanto,
voy a brindar al darle mi despedida.
(Con la voz turbada por la emoción, secándose una lágrima.)
¡No extrañéis que mis ojos los nuble el llanto,
si al dejarla me dejo mi propia vida!

ROSALÍA. *(Conmovida. Abrazándose a él.)*
¡Juan Francisco!

JUAN F. *(Ya sin oírla.)*
Bebamos, amigos míos,
por la sufrida yunta de la labor.
La que sabe del fuego de los estíos,
y entre nieves y vientos y entre rocíos
¡es el brazo derecho del labrad !
(Unos se limpian los ojos, otros aplauden; Juan Francisco bebe, dando después el jarro a Sebastián, que lo hace a su vez.)

TOMIZA. ¡Vaya sermón bien echao!
¡Cualquiera le mete mano!
(A Juan Ramón.)
Ahí tienes. Anda, gitano.
(Abrazando a Juan Francisco.)
Ven a mis brazos, ¡salao!

JUAN F. *(A José, después que lo suelta Tomiza.)*
Ensilla el caballo pío.

JUAN R. *(Que no ha dejado de meter mano al jamón y de beber.)*
¡Vaya jamón! Sabe a gloria.

ROSALÍA. *(A Juan Francisco.)*
¿Te vas?

JUAN F. Voy a ver la noria
que están poniendo en el río.

ROSALÍA. ¿Pero vuelves a comer?

JUAN F. ¡Claro, mujer! ¡Qué preguntas!

UFINO. *(A Inés y Catalina.)*
Como no sean las yuntas,
aquí no hay nada que ver.
ATALINA. ¿Vamos a verlas?
NÉS. Sí.
UFINO. Vamos.
(Yéndose con todos.)
(Todos se marchan por la derecha, menos Sebastián y Juan Francisco.)
EBASTIÁN. *(A Juan Ramón, que sale el último.)*
Tú, Juan Ramón.
JAN R. ¿Qué?
EBASTIÁN. Prepara
y soltar esa piara. *(Sale Juan Ramón.)*

ESCENA XII

JUAN FRANCISCO y SEBASTIÁN.

JAN F. ¿Pero se van?
EBASTIÁN. Nos marchamos
a la «Venta de la Estrella».
JAN F. ¿Sin comer?
EBASTIÁN. Comeré allí.
JAN F. Quedarse a comer aquí.
EBASTIÁN. No, porque la espero a ella,
que viene a comer conmigo.
JAN F. *(Sentencioso.)*
Déjala.
EBASTIÁN. No. No la dejo.
JAN F. Sebastián: oye un consejo,
que te lo da un buen amigo.
Deja a esa mujer.
EBASTIÁN. No puedo.
JAN F. ¿No puedes? Porque no quieres.
EBASTIÁN. En cuestión de mujeres
habla quien no tiene miedo.
¡Qué bien habla quien está
libre de su cegación!
JAN F. Sebastián: piensa en razón.
EBASTIÁN. ¡Dejarla! ¡No puedo ya!
Cuántas veces lo intenté,
más se entró en mi pensamiento.
No la olvido ni un momento.
JAN F. Va a ser tu ruina.
EBASTIÁN. ¡Lo sé!
Pero es más fuerte que yo

este querer sin hartura
que tengo a esa criatura.
¿Tú no la conoces?

JUAN F. No.

SEBASTIÁN. Es artista y cordobesa,
con andares de gitana;
mira como una sultana
y habla como una princesa.
¡Si la vieras a caballo!
En Córdoba la encontré...

JUAN F. ¿En Córdoba?

SEBASTIÁN. Sí. Allí fué,
cuando en la feria de mayo
las treinta mulas compré.
(Dispuesto a la confesión.)
Comentando la cortida
en la que Antonio Cañero
sacando la jaca herida,
puso el rejón más certero
que había puesto en su vida,
estábamos Paco Gil,
Pedro, el de Puente Genil,
y *el Niño sabio*, el de Lora,
a la puerta el Mercantil
tomando una de «Pastora».
¡Qué trajín! ¡Cuánta alegría,
de aquel bullir que no cesa,
en el que contribuía
la gracia y soberanía
de la mujer cordobesa!
No te puedes figurar,
tú que aquéllo lo conoces
de cuando fuiste a comprar
la yegua, el rumor de voces
de la calle Gondomar.

JUAN F. Basta que tú me lo digas.

SEBASTIÁN. Como reguero de hormigas
las mujeres paseaban
y al pecho todas llevaban
flores en lugar de espigas.
Y entre mujeres y flores,
pasaban los domadores
por delante de nosotros,
luciendo sobre sus potros
los atalajes mejores.
¡Qué de coches! ¡Qué de troncos!,
donde los caballos broncos
mostraban todo su brío,

yendo los cocheros roncos
de tanto hablar al gentío.
Entre aquella animación,
un grito de admiración
alarmó a la gente seria;
cuando por la Concepción
se vió subir de la feria
el cuerpo más soberano,
más gallardo y más serrano
que viera del sol la luz,
sobre un potro jerezano
del mejor hierro andaluz.
¡Vaya mujer con hechuras,
luciendo el traje campero
de vistosas bordaduras,
al sonar las herraduras
del caballo postinero!
Angel que tenga su cara,
no tiene Dios en los cielos;
pues su hermosura es tan rara,
que si un ángel la mirara,
los demás sintieran celos.
* Como dos finos manojos
* de claveles reventones
* eran sus labios de rojos,
* y eran dos vivos crespones
* la luz que daban sus ojos.
* Era arrogante y morena;
* su pelo como la pena
* que desgarra las entrañas,
* y llevaba las pestañas
* de la propia Macarena.
Caballo mejor domao
ni mejor atalajao
ningún andaluz lo sueña,
ni traje mejor cortao
que el que lucía su dueña.
Era de plata el herraje
del freno y del hebillaje,
como el caballo de un rey,
y de oro fino de ley
los alamares del traje.
Y era tanta su destreza
para fijar con limpieza
los andares de la jaca,

NOTA:—Los versos señalados con asteriscos los puede suprimir el actor si se hace larga la relación.

que su garbo y gentileza
sobre todo se destaca.
Pues ya ves si llevaría
el potro con gallardía,
cuando hasta el propio Cañero
tiró a su paso el sombrero
diciéndole una alegría.
Mezcla de gitana y reina,
llegó entre palmas y olés;
espuelas de oro en los pies,
y por corona y por peina
un sombrero cordobés.
Al paso de su alazán
la gente se descubría,
pues todo el mundo creía
que llegó al Gran Capitán
el alma de Andalucía.
Unas vueltas dió al paseo.
El potro, con su bracco,
no cabía en la ancha calle;
al compás del manoteo,
quebraba su lindo talle,
y aquella mujer preciosa,
de hermosura tan completa,
se iba meciendo orgullosa
como en la mejor maceta
se mece la mejor rosa.
Su gracia la requebré
cuando a mi lado pasó:
lo que dije no lo sé;
lo cierto es que miró...
y en sus ojos me enredé.
Preso quedé en su mirar,
como en el día la aurora,
y estoy tan esclavo ahora
como la perla que llora
su esclavitud en el mar.
Hablé con ella; fué mía...
Puse en ella mi alegría,
mis afanes y mis penas,
y hoy por su gusto daría
más sangre que hay en mis venas.
(Atajando un movimiento de Juan Francisco como adelantándose a lo que iba a decir.)
Sé que no me pertenece,
que no es de mi condición.
¡Pero ya no hay solución!

¡Que el hombre siempre obedece
cuando manda el corazón!
(Hay una pequeña pausa, en la que Juan Francisco mueve la cabeza sentenciosamente.)

ESCENA XIII

DICHOS y JUAN RAMÓN, por la puerta de la derecha.

JUAN R. ¿Qué hacemos con tu caballo?
SEBASTIÁN. Atarlo a la pesebrera,
y una vez que dejéis ya
en los porches las muletas,
lleváis al prado las otras;
y a eso de las tres y media
echáis a andar, y esta noche
váis a dormir a la venta.
Allí estaré yo.
JUAN R. *(Malicioso.)*
¿Tú solo?
SEBASTIÁN. Anda y cuidar esas bestias;
que hay que vender otras dos
mañana, y si van estrechas,
ni están alegres ni gustán
ni hay para el trato defensa.
JUAN R. Bien. Juan Francisco: salú
pa gastalas. Saldrán güenas.
Que compre usté muchos pares.
JUAN F. Gracias. Y tú que lo veas.
Toma, para echar tabaco.
(Le da un billete.)
JUAN R. *(Cogiéndole.)*
¡Chavó!
SEBASTIÁN. ¿Eh? ¡Algo se pesca!
JUAN R. *(A Juan Francisco, en cómica exageración.)*
Muchas gracias, rey de España.
Premita Dios te se güelva
ca espiga un millón de duros;
ca grano veinte fanegas;
que tus hijos te se casen
con una infanta u prinsesa,
pa que te llenen de nietos
con sangre rial en las venas.
¡Que te aforres de billetes!
¡Y... que en tu vida te mueras!
JUAN F. Gracias, hombre.
JUAN R. ¡Adiós, rumboso!

Emperador de esta tierra.
(A Sebastián.)
Hasta la noche, tú.

SEBASTIÁN. Adiós.
Y a ver si al pie de la letra
se cumple lo que yo he dicho.

JUAN R. *(Ya en la puerta.)*
Descuida, que irán bien puestas.
(Aparte.)
Hoy tenemos cupletista.
¡Lo mesmo que si lo viera!
(Sale.)

ESCENA XIII

JUAN FRANCISCO y SEBASTIÁN.

JUAN F. ¿Así, que pasas la noche
en la venta?

SEBASTIÁN. No lo sé;
porque a lo mejor me iré
a Madrid.

JUAN F. ¿Cómo?

SEBASTIÁN. En su coche.

JUAN F. ¿Tiene coche?

SEBASTIÁN. El otro día
se lo tuve que comprar.
¡Y que lo sabe llevar...!
¡Si la vieras cómo guía!
Con él viene.

JUAN F. Sebastián:
Piensa que en esas mujeres
no compensan los placeres
con los disgustos que dan.

SEBASTIÁN. Hablas bien... ¡Pero es en vano!
(Inicia el mutis.)
Vaya; me voy, que la espero.
¿Cortando por el sendero
salgo derecho al majano,
verdad?

JUAN F. *(Idem.)*
Sí. Yo voy al río.
A la misma carretera.
(Ya en la puerta.)
Que aunque la noria cualquiera
la coloca, no me fío.
(Salen por la derecha.)

ESCENA XV

ROSALÍA, TERESA, INÉS, CATALINA y JUANA, por la derecha.

OSALÍA. Esa comida, Juana.
Ayúdala, Teresa.
ANA. No tenga usted cuidado,
que ha de estar a su hora.
(Salen TERESA *y* JUANA *por la izquierda.)*
ÉS. Chica; yo no sería
por nada labradora.
Por todos los millones
yo no estaba aquí presa.
OSALÍA. Pues siempre como ahora.
¡Si es un tiesto de flores!
¿No ves toda la dehesa
la alegría que tiene?
ÉS. Y hablando de otra cosa:
¿Estará todavía
la del traje de seda
parada con el coche?
TALINA. No me pongas nerviosa.
¡Jesús! ¡Jesús!
OSALÍA. ¿Qué es ello?
ÉS. Que al pasar la alameda
por poco si nos tira
la mulita dichosa.
(Sale TOMIZA.*)*
OMIZA. Se espantó de algún auto.
ÉS. De un auto fué.
OMIZA. ¡Rabiaran!
ÉS. ¡Qué mujer más hermosa
estaba en la cuneta
dando viento a una rueda!
OMIZA. ¿Una mujer dando aire?
¡A ver si es mi mujer!
Pero... ¿guapa y en auto...?
La mía no pué ser.
OSALÍA. ¿Y estaba sola?
ÉS. Sola.
TALINA. *(Escandalizada.)*
Eso no tiene nombre.
¡Ir una mujer sola,
como si fuera un hombre,
por el campo en un auto!
OMIZA. ¡No será mala prenda!
OSALÍA. Será de las que viven
sin gobierno ni rienda.

De esas libres de ahora
que nada le acobarda.

TOMIZA. ¿Sola y en artomóvil?
¡Será mala bigarda!

INÉS. ¿Será esa que dicen
que tiene Sebastiáu?

TOMIZA. ¿Sebastián tiene maja?
¿Pus no estudió pa cura?

INÉS. Pero le echaron fuera
cuando aquella locura,
y le enseñó su padre
su oficio de chaláu...

ESCENA XVI Y ULTIMA

DICHOS y JUAN FRANCISCO. Después TERESA, JUANA, RUFINO, TOMÁS SEBASTIÁN.

JUAN F. *(Fuera. Cerca de la puerta, llamando en un grito*
¡Rosalía!

ROSALÍA. ¡Dios mío!

CATALINA. ¿Qué pasa?

ROSALÍA. *(Yendo a la puerta del foro.)*
¡Voy a ver!

JUAN F. ¡Sacar un colchón! ¡Pronto!
que traigo una mujer
medio muerta.

ROSALÍA. *(En un grito.)*
¡Teresa!

TERESA. *(En la puerta de la izquierda.)*
Mande.

ROSALÍA. ¡Corre! ¡Un colchón!
(TERESA *desaparece y vuelve a salir acompaña*
de JUANA, *con el colchón, que colocan en el cen*
de la escena, en primer término.)

JUAN F. *(Para indicar que la sostengan mientras él*
apea.)
¡Sujetadla!
(Entran todos con SOLEDAD *en brazos, y la co*
can sobre el colchón, con todo el rostro cubierto
sangre, de una gran herida que desde la sien a
garganta le cruza la mejilla. La conducen a p
mer término, dando todos pruebas de gran ans
dad. Sale RUFINO.)

ROSALÍA. ¿Está muerta?

JUAN F. No. Late el corazón.

Pronto, Juana. Agua fresca
para lavar la herida.

SEBASTIÁN. *(Entrando como una tromba.)*
¡Ella! ¡Me lo temía!
¿Se mató?

UAN F. No lo sé.

SEBASTIÁN. *(Lleno de dolor se tira, más que se arrodilla, a la cabecera.)*
¡Soledad! ¡Soledad!
¡Mi Soledad, querida!

UAN F. *(Que la está lavando la cara con el agua que lleva Juana.)*
¡A ver, tú Rosalía!
Aflójale el corsé.

SEBASTIÁN. *(Besándola lleno de dolor.)*
¿No me oyes, Soledad?
¡Oye, lucero! ¡Vida!

OZ. *(Dentro, canta al mismo tiempo, dejando caer lánguidamente la copla en seguidilla manchega, mientras el telón va cayendo lentamente.)*

Coge el surco, Rumbona,
pasa cordera;
que está mi amor mirando
la sementera...

(Se procurará que la copla, que figura cantaría un gañán labrando, acompañada por el lento sonar de los cascabeles de la yunta, empieza a cantarse al entrar Sebastián en escena.)

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO

La misma decoración del acto anterior. Sobre la mesa, una jaula de perdiz, con la funda puesta y los ganchos en disposición para salir de caza. Apoyada a la mesa, una escopeta de dos cañones.

ESCENA PRIMERA

SOLEDAD, sentada, pintándose los labios de cuando en cuando y mirándose al espejito del bolso, y TOMIZA, de pie.

TOMIZA. Sí, señora.
(Con cachaza.)
SOLEDAD. Cuénteme lo de la caza.
TOMIZA. Con piedras se hace en el hoyo
un cerco de un par de varas.
Se tapan luego las claras
con broza... y ya está hecho el toyo.
Pa la jaula, en un picacho,
se prepara el tanganillo;
después, con jara u tomillo,
se le cubre hasta el arillo,
y se desenfunda el macho.
Este comienza a mirar,
a espojase y presumir...
o a comer y alambrear,
y antes que vaya a «salir»
cantando, se ha de ocultar
el cazador... y esperar
que el campo se deje oír,

o el macho quiera cantar...
y que ellas quieran venir.

)LEDAD. Siga.

OMIZA. ¿Lo entiende?

)LEDAD. Lo entiendo.

OMIZA. Si es bueno, sale pitando,
recibiendo o de cañón.

)LEDAD. ¿Pita y recibe?
(Aparte.)
Yo entiendo
que de lo que me está hablando
es de un jefe de estación.
¿Y qué más?

)MIZA. Canta la caza.
La oye el macho y da un pitazo.
Viene el bando en corto plazo,
y en cuanto que llega a plaza
se le da un escopetazo.

)LEDAD. ¿Y muere el macho?

)MIZA. Jamás.
El macho sigue cantando.
Mueren dos... o tres... o más
del bando.

)LEDAD. ¿Y las demás?

)MIZA. Las demás... salen volando.

)LEDAD. Debe ser interesante,
sencillo y original.
¿Que sea el macho arrogante
será cosa principal?

)MIZA. ¡Quiá! No es lo más importante.
No, señora. No es bastante.
Guapo u feo, les da igual.
Lo principal... es que cante.
(Tomiza se echa la jaula a la espalda y se dispone a salir.)

)LEDAD. ¿Y va con el macho ahora?

)MIZA. Ahora es tiempo de la hembra.
(Señalando.)
Mire usté: ¿Ve aquella siembra?

)LEDAD. Sí.

)MIZA. Pus antes de una hora
será mu fácil que cace.
Va usté a ver. Me llego allá;
pongo la jaula en metá,
y en cuanto la perdiz hace
dos veces *carracacá*,
vienen los machos a vuelo,
derechos como una bala.

Y llegan con tanto celo,
que enmoñaos van con el ala
arrastrando por el suelo.
Yo me subo a aquella oliva
y allí espero a los sujetos,
y en cuanto que se están quietos ..
d'un tiro, ¡patas arriba!

SOLEDAD. ¿Y son todos machos?

TOMIZA. Tuitos.
Como sus hembras están
cuidando de los hijitos,
en el nido, ellos se van
con otras de picos pardos.
Y ¡claro! Pus lo que pasa.
Que por andar de bigardos
ya no vuelven más a casa.
Les está bien empleao.

SOLEDAD. Pero se quedan sin padre
los pollitos.

TOMIZA. No hay cuidao
con ellos. Queda la madre.
Lo tengo experimentao.
En fin.

SOLEDAD. ¿Se va?

TOMIZA. Me retiro,
como ice la gente fina.
Va usté a ver qué sarracina,
como se pongan a tiro.
(Sale por el foro con la jaula colgada de la espalda y la escopeta.)

ESCENA II

SOLEDAD. Después, ROSALÍA.

SOLEDAD. Me hace gracia. Hay que verlo con su perdiz
siempre a cuestas. El hombre vive feliz.
y es la caza, de fijo, su mayor goce.
(Mirándose la mejilla en el espejo.)
¡Nada! ¡Vaya una suerte! ¡No se conoce!
¡Y hay que ver cómo era la cicatriz!

ROSALÍA. *(Por la segunda puerta de la izquierda.)*
Según me dice Teresa,
se va a Madrid con usted.

SOLEDAD. Sí. Dice que es una red
el campo, y que no está presa.

ROSALÍA. Tiene la vista muy alta
esa chica.
(Pausa.)
¿Y se va hoy?
SOLEDAD. Sí, señora. Sí. Me voy.
Hago en Madrid mucha falta.
ROSALÍA. Se aburre usted.
SOLEDAD. No lo crea.
Es un viaje necesario.
Debuto el veinte en Romea
y he de hacerme vestuario.
Hoy me escribe el empresario
y voy a ver qué desea.
Tengo un buen sueldo diario...
setenta duros...
ROSALÍA. Tendrá
usted ya un capitalito,
ganando tanto.
SOLEDAD. ¡Ojalá!
ROSALÍA. ¿No?
SOLEDAD A las pruebas me remito.
ROSALÍA. Si es tan buena cupletista...,
SOLEDAD. El dinero del artista
conforme viene se va.
Mire usted: Yo necesito
alternar en cierta esfera
con gente de mi nivel.
Hay que vivir en hotel,
y no en un hotel cualquiera,
sino en uno principal,
para no hacer mal papel.
Tener auto, masajista,
sastre, doncella, modista,
y además la servidumbre.
Luego hay que llevar alhajas...
ROSALÍA. Claro, tienen la costumbre
ustedes de ir siempre majas
—como diría Tomiza—
y no aprecian el dinero.
La vida es muy quebradiza.
Piense usted alguna vez
que ha de llegar la vejez,
y que tendrá buen ropero,
muchas joyas que lucir,
pero que es larga la vida
y nadie sabe su suerte.
SOLEDAD. Lo principal es vivir
bien. A mi edad ¡quién se cuida

del dolor y de la muerte!
Vivir, reír y gozar.
Esa es mi única bandera.

ROSALÍA. ¿Y después?

SOLEDAD. No hay que pensar.
La muerte suele llegar
cuando menos se la espera.

ROSALÍA. Pensando de esa manera...

SOLEDAD. Por si luego hay que llorar
al final de la carrera,
ahora quiero aprovechar;
en vez de lancha costera
quiero ser barco de mar.
Ir del placer en la espuma,
sin temor al oleaje;
abandonarse en el viaje
como en el viento una pluma.
La vida no vale, en suma,
la menor preocupación.

ROSALÍA. Tan joven, es bien extraño
que viva sin ilusión.

SOLEDAD. Murió con una pasión
que asesinó un desengaño
y envejeció el corazón.

ROSALÍA. ¿Algún hombre?

SOLEDAD. Un hombre, sí.
Abierta el alma a la fe
en su cariño creí;
con locura le adoré;
en sus brazos me entregué,
y, por su amor, me perdí.
Me abandonó; le busqué;
se burló, y... mucho le amé,
pero más le aborrecí.

ROSALÍA. *(Después de una pausa.)*
Tendrá usted ropa guardada,
y de joyas... no digamos.

SOLEDAD. No, señora. Casi nada.
Cuanto dinero ganamos,
los artistas, lo gastamos.

ROSALÍA. No va usted muy acertada.
Perdone.

SOLEDAD. Y lo que compramos,
luego, en la primer parada,
cuando no hay..., lo empeñamos.

ROSALÍA. Eso es vivir confiada.

SOLEDAD. Es lo que se llama al día.

Hay que gozar y reír;
lo demás es tontería.
(Después de una pequeña pausa.)
¿Y su esposo, Rosalía?

ROSALÍA. Al pueblo tuvo que ir
a sus asuntos, y a ver
los chicos, que están allá
con mis padres.
(Al oír a Juan Francisco hablar en la puerta con José.)
Ahí está...
Poco ha tardado en volver.

ESCENA III

DICHOS. Por el foro, JUAN FRANCISCO y JOSÉ que vuelve a salir por la derecha

JUAN F. *(Por el foro.)*
Ya estoy aquí. Buenos días.

SOLEDAD. Buenos, Juan Francisco.

ROSALÍA. ¿Ya
estás de vuelta?

JUAN F. Ya estoy.

ROSALÍA. No creí yo que vendrías
tan pronto.

JUAN F. Es que no está hoy
en el pueblo don Faustino.
¿Y qué iba a hacer allí?

ROSALÍA. ¿Has visto a mis padres?

JUAN F. Sí.

ROSALÍA. ¿Y a los chicos?

JUAN F. A Rufino.
Los otros los vió José,
en casa de tía Piedad.

ROSALÍA. ¿Sabes una cosa?

JUAN F. ¿Qué?

ROSALÍA. Que se marcha Soledad.

JUAN F. ¿Se marcha? ¿Cuándo?

SOLEDAD. Esta tarde.

JUAN F. ¡Tan pronto!

SOLEDAD. Sí. Es necesario.
Hoy me ha escrito el empresario,
y ese no espera.

ROSALÍA. Que aguarde
José. Que tendrá que ir
a llevarla a la estación.

JUAN F. No se va. Va a repartir
a las yuntas la ración.
(A Soledad.)
¿De modo que ya nos deja?

SOLEDAD. Sí; ya será de razón.
Pasado mañana, un mes.
¿Recuerda usted?

JUAN F. No lo miente.

SOLEDAD. *(A Juan Francisco.)*
Y gracias a su interés
no fué más el accidente.
Usted fué mi salvación.

JUAN F. ¿Quién en igual ocasión
no obrara de igual manera?
La encontré en la carretera
privada sobre un montón
de grava; la recogí;
sobre el caballo la alcé,
y de un galope llegué
conduciéndola hasta aquí.

ROSALÍA. ¡Cómo vino, madre santa!

JUAN F. Toda la cara partida.
Sangrando la enorme herida
de la sién a la garganta.
Y era su gravedad tanta
que casi vino sin vida,
como una virgen dormida,
cuyo altar era mi manta,
sobre el arzón extendida.
Solté a la jaca la brida
sobre el cuello. Partió sola.
Para su frente caída
hizo almohada de sus crines,
mientras la sangre vertida,
que encharcó la muserola,
era una flor de amapola
sobre un ramo de jazmines.
Pálida por la congoja,
como en la nieve un clavel,
era más blanca su piel
y era su sangre más roja.

SOLEDAD. Si no es porque llega él,
me muero en la carretera.
Su decisión me salvó.

JUAN F. No lo mencione siquiera,
señora. Lo que hice yo,
lo hubiera hecho cualquiera.

OLEDAD. Luego, la solicitud
de esta casa.
OSALÍA. Soledad:
El sentir la caridad,
en Castilla, no es virtud.

ESCENA IV

DICHOS y TOMIZA, que llega corriendo con la jaula medio arrastra.

UAN F. ¡Tomiza!
OMZI Vengo tronchao!
OLEDAD. ¿Por qué corre?
OSALÍA. ¿Qué le pasa?
OMIZA. ¡Qué va a pasar! Los ceviles,
que en poco no me dan caza.
UAN F. ¿Le han visto a usted?
OMIZA ¡Qué sé yo!
Con que los vea yo, basta
pa correr. ¡Así que no
me tiene el cabito ganas!
¡Y como estamos en veda...!
UAN F. Bueno, ¿y a usted quién le manda
ir con la hembra esta tarde?
OMIZA. ¿Y por qué también aguardan
ellos a venir ahora?
OSALÍA. Yo voy a ver las muchachas,
que andarán por la cocina
(A Juan Francisco.)
Tú, si quieres algo, llamas.
OMIZA. Soledá: ¿Quié usté asomase?
OLEDAD. ¿Para qué?
OMIZA. Pa ver ande andan
les del gorro atravesao.
Los ceviles.
OLEDAD. Sí, hombre
(Sale.)
OMIZA. Gracias.
(Juan Francisco queda ensimismado mirando por la ventana, siguiendo con la vista a Soledad, que cruza cantando alegremente.)
Pero oye, tú, Juan Francisco:
¿T'ha dao un aire? ¿Qué te pasa
que estás tan amodorrao?
¿Qué tienes? Contesta. Habla.
UAN F. Nada. ¡Qué voy a tener!

TOMIZA. Llevas un par de semanas
que no eres el mismo.
JUAN F. ¿No?
TOMIZA. Conténtate si te enfadas.
(Con misterio.)
Pero pa mí que andas tú
también con el ala a rastra.
No sé por qué me figuro
que hay por aquí alguna pájara
que quié cortate los vuelos.
Piensa despacio y con calma...
JUAN F. ¡Tío Tomiza!
TOMIZA. Y ten sentío,
que si el sentío te falta,
u te caza u te alicorta.
JUAN F. *(Aparte.)*
¡Hoy se va!
TOMIZA. *(Aparte.)*
Na. Ni ¡palabra!
(A Juan Francisco.)
¿Qué tienes?
JUAN F. Lo que usted piensa
TOMIZA. *(Sorprendido.)*
¿Eh?
JUAN F. Lo que se maliciaba.
TOMIZA. ¡Juan Francisco!
JUAN F. Ya lo he dicho.
Llevo una espina en el alma.
Se me ha clavado a traición.
Cuando menos lo esperaba.
Una espina de un rosal...
TOMIZA. Yo creo que es de una zarza,
según estás de enredao.
JUAN F. Una espina que se clava,
y cuanto más se procura,
menos se logra arrancarla.
TOMIZA. ¿Soledá?
JUAN F. Sí. ¡Soledad!
TOMIZA. No. Si Tomiza no marra.
(Aparte.)
¡Se hubiá estrellao con el auto!
A veces, cuando hacen falta
las cosas, no hay sucedío.
JUAN F. Si desde aquella mañana
que la traje en el caballo,
llena de sangre la cara
como un clavelón bermejo

sobre la nieve serrana,
estoy que no sé qué tengo.

TOMIZA. Que te ha tronchao las dos alas.
Güelve en ti. Mira que tienes
tu mujer, que es una alhaja.
Guapa, lustrosa, frescona,
cariñosa, güena planta;
con un sentío mu grande
y un corazón como España.
¡Si fuá yo! Que al fin y al cabo
tengo por suerte u desgracia
—por suerte, no—una parienta
más estrecha que una taula,
más tonta que el aliguí
y más chata que una rana.
Y que lo que ice el refrán,
y ese refrán nunca marra:
«Cuanto más viejo es el gato,
más tierna quiere la rata.»
Piensa...

JUAN F. Calle usted, que viene.

ESCENA V

DICHOS y SOLEDAD. Después SOLEDAD y JUAN FRANCISCO.

SOLEDAD. *(Entrando.)*
Tomiza, no se ve nada.

TOMIZA. A lo mejor no me han visto.

JUAN F. Tomiza.

TOMIZA. ¿Qué quieres?

JUAN F. Vaya
a ver si vienen las yuntas.

TOMIZA. *(Aparte.)*
Ya sé pa lo que me mandas.
Voy.
(A Juan Francisco al salir.)
Ten mucho sentío...
¡y ojo, que la vista engaña!

SOLEDAD. *(Después de una pausa.)*
Bueno, mi Salvador. Me voy. Hasta más ver.
Gracias a Dios, mañana ya no le daré guerra.

JUAN F. ¡Guerra! ¿Quiere callarse? Lo que va a suceder
es lo que usted, amiga, no puede comprender.
Que al marcharse le quitan la alegría a esta

SOLEDAD. ¡Qué galante! [tierra.

JUAN F. No, no. No es galantería.
Es la pura verdad.
¡Ahora que usted nos deja, es cuando hay
SOLEDAD. *(Riendo al comprender.)* [soled
¿Pues antes no la había?
JUAN F. Antes, sí; pero era soledad en el nombre.
Pero que al mismo tiempo sirve de compañía.
SOLEDAD. ¡Qué discreto! ¡Qué amable! Se ve que es usted
[hom
que allá por sus estudios aprendió cortesía.
¡Así está de orgullosa con usted Rosalía!
JUAN F. Sí. Me quiere. Aunque no como a usted
¿Cuándo viene? [Sebasti
SOLEDAD. *(Displicente.)*
No sé.
JUAN F. Su oficio de chalán
le roba mucho tiempo. ¿No ha tenido usted cart
SOLEDAD. Sí, ayer.
JUAN F. ¿Qué decía?
SOLEDAD. No la abrí. Estoy harta
ya de su pesadez.
JUAN F. ¿Pero usted no le quiere?
SOLEDAD. ¿Quién, yo? ¡Qué candid
JUAN F. Pues él por usted ciega.
SOLEDAD. Sí. Mucho que te quie
Mucho que el día que me faltes me mato.
Pero después, si viera, para darme dinero,
¡qué roña! Yo prefiero
que me dé más billetes y menos arrebato.
JUAN F. Es que él lo necesita para andar en su trato.
SOLEDAD. Pues si lo necesita, que busque otra mujer.
Ya se lo dije un día; que no podía ser,
que a mí no me conviene. Que aquéilo ya pa
JUAN F. ¿Y él qué dice?
SOLEDAD. Que no.
Pero si él no lo deja, lo voy a dejar yo.
Yo, para ser amante de un hombre, lo prime
que ha de hacer este hombre es bañarme en dine
o sentir yo por él un amor verdadero;
el que yo, francamente, no siento por su ami
JUAN F. ¡Soledad!
SOLEDAD. Si él lo sabe. Yo misma se lo digo.
No sé qué le sorprende. ¿No lo vé natural?
Yo no me entregué al hombre. Me entregué
[capit
JUAN F. *(Con tristeza.)*
¿Entonces, para usted nada vale el cariño?
SOLEDAD. ¿De quién, de Sebastián? Vamos, no sea ni

Sebastián es un bruto, un loco, un pasional.
Su carácter violento por nada le modera.
Yo soy más sosegada, más serena, más fría.
A mí me gustaría
que un hombre me quisiera
sin esos arrebatos que rayan en locura.
Sin ese plan de fiera:
con menos fantasía,
pero con más cordura;
de la misma manera
que he notado que usted la quiere a Rosalía
(Clavando en él los ojos.)
¡Pero ese hombre no existe para mí!

AN F. *(Vehemente.)*
¿Y si existiera?

LEDAD. *(Como sorprendida*
¿Qué dice?

AN F. Si existiera ese hombre...

LEDAD. Le querría
como nadie ha querido.

AN F. ¿Le querría usted?

LEDAD. Sí.

AN F. *(Clavando en ella la mirada y alargando los brazos.)*
¡Soledad...

LEDAD. *(Abandonándose con estudiada coquetería.)*
¡Juan Francisco!
(Cuando están a punto de caer uno en los brazos del otro aparece Sebastián cubierto de polvo del camino, con vara larga y espuelas.)

ESCENA VI

DICHOS Y SEBASTIÁN.

BASTIÁN. *(Por el foro.)*
¿Quién anda por aquí?

JAN F. Adelante.

BASTIÁN. Buenos días.

JAN F. Buenos.

BASTIÁN. ¿Qué tal, Juan Francisco?

JAN F. Bien. ¿Y a ti, cómo te fué?

BASTIÁN. Regular.
(A Soledad.)
Vengo rendido.

Catorce horas a caballo
para verte.

SOLEDAD. *(Aparte.)*
Pues maldito
lo que yo te lo agradezco.

JUAN F. ¿Y qué tal la feria?

SEBASTIÁN. Chico,
de primera comunión.
Se vendió como se quiso.

JUAN F. ¿Vendiste todas las mulas?

SEBASTIÁN. Y a millón. Jamás se ha visto
feria! con más alegría.
El Marqués de los Molinos
se quedó con la piara.
Ya la traigo en el bolsillo.

ESCENA VII

DICHOS y TOMIZA por la derecha. Después SEBASTIÁN y SOLEDAD.

JUAN F. *(A Tomiza.)*
¿Han llegado ya las yuntas?

TOMIZA. Ya están en el cobertizo.
Que vengas, dice José.

JUAN F. Voy.
(Sale con Tomiza por la derecha.)

TOMIZA. *(Ya en la puerta por Sebastián, y aparte.)*
¿Este aquí? ¡Vaya un pisto!

SEBASTIÁN. *(Con vehemencia.)*
¡Soledad mía! ¿Ya te pusiste
buena del todo? ¿Llegó mi carta?

SOLEDAD. Llegó.

SEBASTIÁN. ¿Y adónde la contestaste?

SOLEDAD. No tuve tiempo de contestarla.

SEBASTIÁN. *(Yendo a ella. Ella le rechaza.)*
Ven; dame un beso.

SOLEDAD. ¿Pero estás loco?
¿No ves que pueden salir?

SEBASTIÁN. ¡Que salgan!
Desde ayer tarde vengo a caballo.
Dieciséis leguas traigo a la espalda
sólo por verte, Soledad mía.
Dieciséis leguas que no se acaban
nunca. ¡Parece que las estiran!
Que van creciendo cuanto más se andan.
Al trote largo de mi montura,
corrí praderas, subí montañas,

bajé repechos, crucé caminos,
ansioso el pecho por la esperanza
de hablar contigo; de contemplarte;
de ver el brillo de tu mirada
que resplandece llena de fuego;
de un fuego vivo que no se apaga,
como una hoguera que da sus lumbres
entre la seda de tus pestañas.
Cayó la tarde; se hizo de noche;
se alzó en las nubes la luna blanca
borrando sombras a mi camino.
De las honduras de las cañadas
y los ramajes de las robledas
dulces llegaban
mansos arrullos de ruiseñores,
que iban derechos dentro del alma,
porque eran voces que en el camino
de ti me hablaban.
Se hundió la luna;
salió el lucero de la mañana...

EDAD. *(Que ha dado muestras de aburrimiento cuanto más vehemencia ha puesto él.)*
¡Basta! No sigas. Me sé la copla.
¿Crees que yo vivo de tus palabras?
¿Crees que se puede seguir teniendo
lo que tú tienes?

ASTIÁN. *(Cortado por la brusquedad de Soledad.)*
¿Qué tengo?

EDAD. Calla,
que no eres digno de que te mire.
Sabes que vine desesperada.
Que volcó el coche; que vine herida;
que más que nunca me hacías falta,
y te marchaste para la feria
con las pesetas, sin dejar nada.

ASTIÁN. *(Yendo a ella.)*
¡Soledad!

EDAD. *(Rechazándole.)*
¡Quita!

ASTIÁN. Tuve que irme.
Era preciso que me marchara.
Ya no hay más ferias, y las muletas
no iba a dejarlas
para otro año. Pero al marcharme
dejé encargado que te cuidaran:
que te sirvieran los pensamientos,
aunque costase lo que costara.

EDAD. ¡Eran primero tus animales!

SEBASTIÁN. No...
SOLEDAD. ¡Bien se ha visto!
(Queriendo marcharse.)
SEBASTIÁN. Oyeme.
SOLEDAD. Aparta.
SEBASTIÁN. Escucha.
SOLEDAD. *(Con mal humor.)*
Bueno. Termina pronto,
que tengo prisa. ¿Qué es ello? Acaba.
SEBASTIÁN. ¿Ya no me quieres?
SOLEDAD. ¡Qué tontería!
SEBASTIÁN. *(Amargado.)*
¿Y para esto di la jornada
de tantas horas a mi caballo?
SOLEDAD. Pues si te pesa...
SEBASTIÁN. No seas mala,
Soledad.
SOLEDAD. *(Decidida.)*
Oye. Esto no puede
seguir más tiempo. Ya estoy cansada.
Yo necesito que me demuestres
ese cariño de que haces gala.
SEBASTIÁN. ¿Cómo?
SOLEDAD. Ya sabes. Con las pesetas.
SEBASTIÁN. *(Aparte.)*
¡Siempre lo mismo!
(A Soledad.)
¿Qué te hace falta?
¿Muchas?
SOLEDAD. Sí, muchas. Más que te piensas.
Si te lo digo, te asustas.
SEBASTIÁN. ¿Cuántas?
SOLEDAD. Cinco mil duros.
SEBASTIÁN. *(Escandalizado.)*
¿Pero estás loca?
SOLEDAD. ¿Ves tu cariño qué pronto pasa?
Tengo que hacerme dos vestuarios
para Romea. Sacar alhajas.
Pagar la cuenta de la modista.
SEBASTIÁN. ¡Cuándo no es Pascua!
SOLEDAD. ¿Pero no has dicho que en la cartera
traes el importe de la piara?
SEBASTIÁN. Sí; pero tengo que ir a por otra;
es mi negocio.
SOLEDAD. *(Volviéndole la espalda.)*
Pues... vete. Anda.

SEBASTIÁN. *(Sacando unos billetes que entrega a Soledad.)*
Toma.
SOLEDAD. *(Contándolos con avaricia. Luego con desprecio.)*
¿Qué es esto?
SEBASTIÁN. Más del que puedo
te doy.
SOLEDAD. ¿De veras? Pues tiene gracia.
¡Diez mil pesetas! ¿Qué hago con esto?
(Se los devuelve.)
SEBASTIÁN. Qué, ¿no los quieres?
SOLEDAD. *(Tirándolos, al ver que Sebastián no los toma.)*
No. Te los guardas.
¿Crees que yo valgo lo que una mula?
¿Crees que una artista de tanta fama
como yo, puede tener un hombre
sólo de planta?
SEBASTIÁN. Soledad, piensa que yo no puedo
SOLEDAD. Pues con dejarlo.
SEBASTIÁN. ¿Qué dices? Calla.
¿Cómo dejarte, si eres mi vida?
Si yo no vivo si tú me faltas.
SOLEDAD. *(Aburrida.)*
Ya salió aquello.
SEBASTIÁN. ¿Pero y mi madre?
Si yo me arruino, ¿quién va a llevarla
para que coma la pobre vieja?
Ella no tiene culpa de nada.
SOLEDAD. Pues mira, rico. Vete con ella.
Déjame.
(Intenta marcharse. Sebastián la detiene por un brazo.)
SEBASTIÁN. Escucha.
SOLEDAD. Déjame.
SEBASTIÁN. Aguarda.
SOLEDAD. ¡Diez mil pesetas! ¿Qué te has creído?
Compra otra mula.
SEBASTIÁN. ¡Soledad!
SOLEDAD. Basta.
(Aparte.)
¡Qué roñería!
SEBASTIÁN. Piensa...
SOLEDAD. No me hables.
SEBASTIÁN. Mira lo que haces.
SOLEDAD. Lo que me plazca.
(Con desprecio insultante.)
¿Para eso quieres que te obedezca
como una bestia de tu piara?
Compra otra mula... Compra otra mula.

SEBASTIÁN. ¡Soledad!
SOLEDAD. *(A tiempo que se marcha con infinito desprecio por segunda izquierda.)*
¡Anda!
SEBASTIÁN. *(Que va hasta la puerta y se detiene.)*
¡Qué alma más negra! ¿Pero qué digo?
¡Si no tiene alma!
Me despreciaste. Pero te juro...

ESCENA VIII

SEBASTIÁN y JOSÉ.

JOSÉ. *(En la puerta foro.)*
(Llamando.)
¡Sebastián!
SEBASTIÁN. Pasa.
JOSÉ. No. Ven corriendo. Que tu caballo se muere.
SEBASTIÁN. *(Recogiendo los billetes del suelo.)*
¿El *Tordo*? ¿Le disteis agua?
JOSÉ. Ha sido él solo.
SEBASTIÁN. Fuera mis prisas.
Lo dejé suelto... ¡Eso faltaba!
(Se va con José por el foro.)

ESCENA IX

Queda la escena sola unos momentos y entra JUAN FRANCISCO, pensativo, y se sienta, o más bien, se deja caer en la silla que habrá cerca de la mesa.

JUAN F. *(Después de una pausa.)*
¿Por qué te encontré, mujer?
Si era mi senda tan llana
como la parda besana
que roza el sol al nacer
en la estepa castellana.
¿Quién te puso en mi camino?
Si en mi vivir campesino,
luchador y montaraz,
¡yo era un feliz peregrino
del sendero de la paz!
¿Por qué? Si era mi jornada
tan risueña y sosegada
como una tarde abrileña.
¿Por qué mi ilusión te sueña?
¿Por qué busco tu mirada?

Si en mi tranquilo bregar
mi dicha era contemplar
mis gentes y mis rastrojos,
¿por qué ahora no sé mirar
si no me alumbran tus ojos?
¿Qué misterioso poder
es el tuyo sobre mí?
Si ahora te marchas de aquí
y estar aquí es mi deber,
¿por qué pienso tanto en ti?
Si no has de ser para mí...
¿Por qué te encontré, mujer?

ESCENA X

UAN FRANCISCO y SOLEDAD. (Por segunda izquierda, con sombrero y abrigo en la mano.)

OLEDAD. Perdone, Juan Francisco. ¿Dió orden a José
de que esté la tartana prevenida?
UAN F. ¿A qué hora?
OLEDAD. *(Acercándose a él.)*
¿No hay un tren a las cuatro?
UAN F. El mixto, sí, señora.
OLEDAD. Pues en ese.
UAN F. Descuide que estará. La daré.
OLEDAD. Muchas gracias.
UAN F. ¿De modo que ya nos deja hoy,
OLEDAD. Sí, señor. Ya me voy
a mi Madrid de mi alma. Ya será de razón.
Si Dios quiere, esta noche, a las nueve, ya estoy
en él. Es mi ilusión.
UAN F. ¿La esperan?
OLEDAD. No. Seguro que me van a extrañar
todas mis amistades. ¡Cuándo me veré allí!
Ya ve usted. ¡Parecía que nunca iba a llegar!
UAN F. ¿Tan mal le ha ido aquí?
OLEDAD. ¡Hombre...! ¿Mal...? Al contrario. ¿Cómo voy a [olvidar
esta casa.
(Clavando en él la mirada.)
¿Y usted, se acordará
de mí?
UAN F. ¡Que si me acordaré! Más que usted se figura.
¡Cómo no recordarla, si es usted mi cadena!

SOLEDAD. *(Como sorprendida.)*
¡Juan Francisco! *(Aparte.)*
¡Ya es mío!

JUAN F. Si me ahoga la pena.
(Cada vez más vehemente.)
Si mi pecho se llena
de cruel amargura
pensando en la partida.

SOLEDAD. *(Mimosa.)*
Me cogió usted afecto.

JUAN F. *(Ya próximo a ella.)*
Cariño de locura
es lo que la he cogido.
Si me quedo sin vida
lo mismo que esas flores que mueren con la
[escarch
Si mi corazón tiembla. Si grita dolorido
conforme se aproxima la hora de la marcha.

SOLEDAD. *(Mirando recelosa a las puertas.)*
¡Por favor, Juan Francisco...!

JUAN F. *(Sin dejarla.)*
Ya no puedo calla
Yo pretendí ocultar
la llama silenciosa de esta mala pasión;
de este ardor que me abrasa;
y al querer dominar
los gritos retorcidos que daba el corazón,
quise arrancar la zarza que mi carne traspasa.
Pero es tanta la sangre que de la herida vierte,
que encharcó mi sendero.
(Cogiéndole las manos
Si dejas esta casa,
yo voy a enloquecer del dolor de no verte.

SOLEDAD. *(Extrañada para exasperarlo más.)*

JUAN F. ¿Qué dice, Juan Francisco?
¡Soledad...! ¡Yo te quier

SOLEDAD. *(Mirando nuevamente.)*
¡Calle, por Dios!

JUAN F. No puedo. Yo quería ser fuer
resistir como espino que los vientos zalean;
ahogar el sufrimiento de este vivo dolor.
No escuchar los impulsos que en mi pecho
[golpe
como en los duros troncos de los robles
[chasque
los mordiscos del hacha del recio leñador.
¡Soledad...!

SOLEDAD. Juan Francisco... ¡Cállese, por favor

UAN F. Un mes ya padeciendo
esta horrible agonía.
Un mes ya que tu nombre lo llevo repitiendo
conforme fué creciendo
esta pasión gigante que es mayor cada día;
la que me hace quererte contra mi voluntad.

OLEDAD. *(Mirándole fijamente.)*
¿Pero y usted qué haría
si le quisiera yo?
¿Usted me seguiría?

UAN F. ¿Que si te seguiría? ¡Hasta la eternidad!

OLEDAD. *(Entregándose.)*
Pues...
(A media voz.)
¡Yo también te quiero!

UAN F. *(Aprisionándola en los brazos.)*
Repítelo otra vez. Que yo lo oiga mejor.

OLEDAD. *(Con estudiado abandono.)*
Sí. Te quiero. Soy tuya.

UAN F. *(Ya loco.)*
¿Me quieres? ¿Eres mía?

OLEDAD. Sí. Te quiero. Te quiero, Juan Francisco.

UAN F. Dame un beso. Mi amor.
(Pausa. Largo beso. Cuando están con los labios unidos aparece en la puerta primero izquierda Rosalía.)

ESCENA XI Y ULTIMA

DICHOS y ROSALÍA. Al final, SEBASTIÁN.

OSALÍA. *(En un grito.)*
¡Dios mío!

OLEDAD. *(Soltándose rápidamente.)*
¡Su mujer!

UAN F. ¡Rosalía!

OSALÍA. *(Apoyándose en la puerta para no caer.)*
¡Dios mío! ¡Qué dolor!
(Después de un silencio embarazoso, en el que Juan Francisco y Soledad no se atreven a levantar la vista.)
(A Juan Francisco, en amargo reproche.)
¡Juan Francisco!
(A Soledad, cada vez con más entereza en la frase y en el ademán.)
¡Perdida! ¡Quién su acción la creyera!
(Señalando la puerta.)
Salga usted de esta casa, que tan mal respetó.

SOLEDAD. *(Aturdida, pretendiendo justificarse débilmente.)* ¡Rosalía...!

ROSALÍA. *(Con seca dignidad de mujer herida, señalando siempre la puerta hasta que sale Soledad.)* No me hable. Márchese. *(Enérgica.)* Que no la vea yo. [Fuera. Fuera

(Sale SOLEDAD *por el foro.)*

JUAN F. *(Entre suplicante y amenazador.)* ¡Rosalía...!

ROSALÍA. *(Entera y señalando la puerta.)* ¿La quieres? Pues... acompáñala.

(Hay una pausa embarazosa, en la que Juan Francisco mira fijamente a Rosalía. Cuando maquinalmente va a dar un paso hacia ella, aparece en la puerta de la derecha Sebastián.)

SEBASTIÁN. ¿Y Soledad?

ROSALÍA. La eché.

SEBASTIÁN. ¿La echaste?

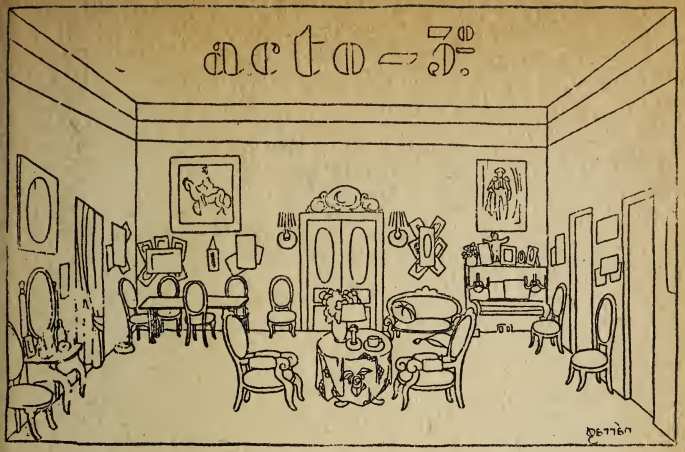
(Empezando a comprender y mirando a Rosalía como no atreviéndose a dar crédito a su presentimiento.)

ROSALÍA. *(Señalando por dónde va Soledad.)* Mírala.

Sebastián y Juan Francisco se quedan mirando en son de reto.)

TELÓN MUY RÁPIDO

FIN DEL SEGUNDO ACTO



Gabinete en Madrid, en casa de Soledad, estrella de gran renombre, amueblado con bastante lujo. Al foro, puerta que se supone da al pasillo que comunica por la derecha con la puerta principal del piso, y por la izquierda con la de servicio de la escalera interior. A la derecha, balcón grande, por el que se ve la calle. A la izquierda, dos puertas, en primero y segundo término. En un rincón, piano lujoso, y encima de éste retratos y recuerdos propios del sitio. Por las paredes, retratos de artistas, destacándose entre ellos una ampliación de una mujer a caballo con traje andaluz y varios de toreros. En el ángulo que forma entre el balcón y la puerta del foro, mesa de juego. Es media tarde.

ESCENA PRIMERA

En escena, jugando al *poker*, alrededor de la mesa, CORALITO, PEPE LUNA, POLÍN, MIMÍ, JUGADOR 1.°, JUGADOR 2.° y JUGADOR 3.° Aparte, sentados en amplios divanes, SOLEDAD, LA TIRANA y DAVID BALLESTER.

CORALITO. Paso.
PEPE L. Paso.
JUGADOR 1.° Abro. A valor.
MIMÍ. Voy.
JUGADOR 2.° Vamos.
JUGADOR 3.° Es financiero.
CORALITO. *(Tirando las cartas a la baraja.)* Yo no voy.
PEPE L. Pues yo sí quiero.
MIMÍ. ¿Quién da cartas?
JUGADOR 1.° Servidor.
¿Cuántas?
MIMÍ. Yo, dos

JUGADOR 1.° *(A idem 2.°)*
¿Y tú?
JUGADOR 2.° Una.
JUGADOR 3.° Servido.
JUGADOR 1.° *(A Pepe Luna.)*
¿Y tú?
PEPE L. Yo también.
JUGADOR 1.° *(Después de servirse.)*
A esas pesetas.
PEPE L. A cien.
(Todos se tiran a la baraja, menos Jugador 1.°)
BALLESTER. Ya va otra vez Pepe Luna
de farol.
SOLEDAD. ¡A los ladrones!
PEPE L. ¿A los ladrones? Que quiera.
BALLESTER. ¿Llevas trío?
JUGADOR 1.° No. Escalera.
BALLESTER. Quiere.
JUGADOR 1.° Punto.
PEPE L. Los mirones,
de piedra.
BALLESTER. *(Riendo y aparte.)*
¡Ya le ha cogido!
(Alto.)
¡Si las ideas pincharan...!
PEPE L. ¡Si los mirones no hablaran...!
BALLESTER. ¿Mirones? ¡Será de oído!
Porque desde aquí...
TIRANA. *(A Soledad.)*
¡Mujer!
Es que tú te lo mereces.
Pregúntale a Ballester.
BALLESTER. ¿Se trata...?
TIRANA. De lo de ayer.
BALLESTER. ¡Formidable! Pocas veces
iremos tan a la par
público y Prensa.
SOLEDAD. ¡Por Dios,
que me van a sonrojar!
TIRANA. ¡Qué manera de bailar!
PEPE L. *(Dando la baraja.)*
¿Cuántas, Coralito?
CORALITO. Dos.
PEPE L. *(Dando la baraja.)*
¡Hecho!
SOLEDAD. Entre todos ustedes
van a hacer que me lo crea.
BALLESTER. Bien se vió anoche en Romea.

ANA. Si triunfas es porque puedes.
La crítica te señala
por la artista preferida.
LLESTER. Jamás se ha visto la sala
tan brillante y concurrida;
de despedida de gala
resultó la despedida.
ANA. No quedó más que pedir.
EDAD. Hija, terminé rendida.
Les tuve que repetir
seis veces el *charleston*.
ANA. Como que la gente fué
por el baile.
EDAD. Ya lo sé.
ANA. ¡Así hubo aquel entradón!
¿A que hoy ya sobra papel?
LLESTER. Hoy, en la sección *vermut*,
hace Florina el *débuí*.
ANA. Esa no llena el cartel.
LLESTER. *(Anotando en las cuartillas, como haciendo la interviú.)*
¿Ahora?
EDAD. Pues a París,
donde actúa la Raquel.
ANA. Lleva un contrato cañón.
Diez mil francos por función.
¡Nada, un granito de anís!
LLESTER. ¿Y de tiempo, hay condición?
EDAD. Lo dejan a mi elección.
LLESTER. ¿Quién es la Empresa?
EDAD. Don Luis.
ANA. Me parece a mí que tiene
don Luis bastante interés...
EDAD. *(Rápida.)*
Deja eso para después.
Cállate ahora, que viene
el gañán.

ESCENA II

os y JUAN FRANCISCO, completamente cambiado de indumentaria. Lleva un traje de corte irreprochable, a lo hombre.

LLESTER. *(Adelantándose a saludar a* JUAN FRANCISCO, *que sale primera izquierda.)*
¡Señor Maroto...!
AN F. ¿Qué hay, don David?

(A la Tirana.)
¡Caridad...!
(A Ballester.) Ya leí *La Libertad*.

BALLESTER. Sabe que soy un devoto
del arte de Soledad.

JUAN F. Su crítica lo demuestra.

BALLESTER. Y mi opinión la comparte
toda la Prensa. En su arte
es Soledad la maestra.

TIRANA. *(A Ballester.)*
Diga, Ballester, ¿al fin
en qué quedan los autores,
los críticos y Azorín?
¿Quién lleva razón?

MIMÍ. Señores:
tres ases de comodín.

SOLEDAD. Sí, de veras. Me hace daño
faltar de Madrid un año...
y me desespero... y lucho...

JUAN F. Eso no es nada de extraño.
Es que Madrid ¡tira mucho!

SOLEDAD. ¡Que si tira...!

PEPE L. *(Escéptico.)* ¡Qué más da
Madrid, que Montevideo...
que Chile... o que el Panamá...?

SOLEDAD. ¿Que no da más? ¡Ya lo creo!
Si cuando Madrid se entrega
y aplaude, tiene la palma.
Si es su aplauso el que más llega
a lo más hondo del alma,
y el que los ojos anega
en lágrimas. ¡Os lo juro!

PEPE L. *(Burlón.)*
Sentimentalismo puro
que jamás conduce a nada.
Yo, por mí, os aseguro
que el país que más me agrada...
es donde se gana el duro.
¿Sabéis? En habiendo pesos,
da igual Madrid que el Perú.
Mi palabra.

TIRANA. Es que tú
no tienes ley a tus huesos.

PEPE L. Hoy no hay más ley que el dinero.
Tanto tienes, tanto vales.

MIMÍ. Tú no estás en tus cabales,
Pepe Luna.

PEPE L. ¿No? Ni quiero.

Vivir aquí sin dos reales
no me seduce. Prefiero
más plata y menos tipismo.
Lo demás es poesía.
Además, que no es el mismo
que era.

BALLESTER. Sí.

PEPE L. Madrid ya
perdió su fisonomía
viviendo su modernismo.
Tan a la moderna está,
que hoy no le conocería
ni el propio Goya.

BALLESTER. Protesto.
Aún sigue siendo quien era
y no ha perdido su puesto.

PEPE L. *(Burlón.)*
¿Su afirmación es sincera?

BALLESTER. Y a probarla estoy dispuesto.
Si Goya otra vez volviera,
su Madrid reconociera
en una risa, en un gesto,
o en una frase cualquiera.
¿Quién a sus puertas llegó
que Madrid no le atendiera?
¿Quién a su pecho llamó
que sus brazos no le abriera,
y en el abrazo le diera
mucho más que le pidió?
Todo el que viene de fuera
toma a Madrid por modelo,
y después hace bandera
de la virtud de este suelo.

JUAN F. Razón lleva usted, David,
al hablar con ese celo.
Del mejor pueblo, a Madrid.
¡Y desde Madrid... al cielo!
¡Madrid...! ¡Venero fecundo!
Florón hidalgo y artista,
que mientras el mundo exista
será lo mejor del mundo.
Pueblo que es todo ternura,
bondades y gallardía;
pueblo del que se asegura
que padece de locura
por el bien y la alegría.
Pueblo de bulla y verbenas.

Pueblo que da a manos llenas
con afán que le ennoblece.
Pueblo que no tiene penas,
como rosal que florece.
Pueblo que nunca envejece
Para calmar las ajenas
y en la caridad se crece;
pues es tan bueno, que apenas
ve que otro pueblo padece,
para romper sus cadenas,
Madrid desgarra sus venas
y su sangre se la ofrece.
¡Madrid! El que noble y fiel
lleva siempre a flor de piel
la risa que le acompaña;
la risa de cascabel
que toma vida en su entraña.
Risa que en risa se baña.
Risa que el dolor restaña
de cuantos vienen a él;
risa alegre de cairel
que a nadie ofende ni extraña,
siendo Madrid el clavel
más rojo que tiene España.
El que en la plaza vocea
y al arrastre aplaude al toro
que fué bravo en la pelea.
El que al regresar del moro,
a las tropas vitorea.
El que al acento sonoro
de los guerreros clarines
se arracima en los balcones
al cruzar los paladines
formados en escuadrones,
mostrando los colorines
de los lindos banderines
que flotan sobre las crines
de los pujantes bridones.
El que en hondas emociones,
al desfilar el tesoro
de la bandera española,
como una enorme amapola
sobre los trigales de oro
que llenan luego la troje,
se estremece y besa a coro...,
y es fácil que se acongoje
y en su más íntimo lloro

una lágrima le arroje,
cuando cruza altiva y bella...
¡Lágrima que ella recoge
para el que murió por ella!
Podrá vestir nuevo traje;
podrá su aspecto variar;
pero no podrá cambiar
su gracia ni su linaje,
su rumbo ni su coraje,
su manera de pensar...
ni el decir de ese lenguaje
de su musa popular.
De esa musa de mantón
de López Silva y Casero,
que tiene en el corazón
su generoso venero.
En la honradez, esta villa
tiene su mejor alhaja;
Madrid no es esa polilla
del vividor de ventaja.
Madrid es la modistilla
que va a entregar con su caja,
y en cuyos andares cuaja
un aire de seguidilla
vivo como una sonaja,
y el obrero que trabaja;
dos espejos donde brilla
el alma grande y sencilla
del chispero y de la maja.
Ese es Madrid, sin disputa.
Madrid no es la niña «bien»,
ni es tampoco el «pollo fruta»,
que viven en otro tren
y van por distinta ruta.
Madrid es la hembra bravía;
no es la frívola muñeca
de mundana picardía,
que vive febril y enteca
ese vivir de agonía.
¡Ese es Madrid! El que un día
le dió inspiración a Chueca...
¡Igual que hoy se la daría!
Que aunque hizo un club del café
y de la taberna un bar,
Madrid no perdió su fe.
¡Aún existe Juan José,
si se le sabe buscar!
Es de la nación señuelo

de colorines chillones,
donde se refleja el suelo
de sus distintas regiones.
El Madrid que vivirá
leal, generoso y loco,
pues por estar donde está
tiene de todas un poco.
¡Ese no se acabará!
Castellano en su altiveza,
es vasco por su energía,
catalán por su belleza,
gallego por su firmeza
y *ché* por su simpatía.
Manchego por su porfía;
baturro por su nobleza;
charro por su gallardía;
astur por su valentía;
extremeño en su llaneza;
andaluz por su alegría
y su constante reír...
¡y español por su grandeza
y su modo de sentir!
(Todos aplauden y dan un viva a Madrid.)

BALLESTER. Ahí tenéis un provinciano
defendiendo a los Madriles.

TIRANA. *(Alargando la mano.)*
Juan Francisco: Ahí va esa mano
de una madrileña vieja.

SOLEDAD. *(A Mimí y Coralito.)*
Pronto salgo.
(Mutis segundo término izquierda.)

ESCENA III

DICHOS menos SOLEDAD. Después TOMIZA.

TOMIZA. *(Discutiendo a voces en el pasillo.)*
¿A la pareja?
Llama a cuarenta ceviles.

JUAN F. ¡Esas voces...!
(TOMIZA *aparece en el foro, luchando con la criad*
la que viene agarrada a la blusa para impedirle
paso. Trae sobre el hombro la carabina y cruzad
al pecho la bandolera.)

TOMIZA. ¡Suelta, chica!
Ya m'has arrugao la ropa.

JUAN F. ¡Tío Tomiza!

MIZA. *(Entrando.)*
¡Vaya tropa!
Güenas.
DOS. Buenas.
PE L. *(Aparte.)*
No se explica.
MIZA. *(A Juan Francisco.)*
¡Ah, pájaro! ¡Ya has paicío!
¡Menos mal que te topé!
PE L. *(Burlón.)*
¿Pero usted topa?
MIZA. Y usté.
¿Cree que no le he conocío?
LÍN. ¡Bestial!
MIZA. ¿Cómo?
LÍN. ¡La caraba!
MIZA. *(Extrañado.)*
¿La caraba...?
AN F. *(A Pepe Luna.)*
Un guarda mío.
No le hagas caso.
LÍN. ¡Estupendo!
MIZA. *(Aparte.)*
Que me zurzan si le entiendo.
LÍN. ¡Y el tío, como el que lava!
MIZA. *(A Juan Francisco.)*
¿Y esta es la gente fina?
LÍN. Es un paleto cañón.
¡El carabón!
MIZA. *(Aparte, como comprendiendo.)*
¡Ca! No atina.
Oye, tú. No es carabón.
LÍN. ¿No?
MIZA. *(Señalando la carabina que lleva al hombro.)*
Se llama carabina.
MÍ. *(A Ballester.)*
Sí. No le falta un detalle.
La visita es seductora.
RALITO. *(Queriéndole imitar en el modo de hablar.)*
(A Tomiza.)
¿Viene usted del pueblo ahora?
MIZA. No, señora. De la calle.
De allá llegué esta mañana.
LLESTER. ¿Conocía Madrid?
MIZA. No.
LÍN. ¿Ha ido al fotógrafo?
MIZA. Yo
voy donde me da la gana.

POLÍN. Choque, que está usted sembrao.
TOMIZA. Pus con la siembra, mucho ojo
que si pasas y te cojo,
vas derechito al Juzgao.
POLÍN. ¡Brutal!
TOMIZA. ¿Pero qué jinojo
dice ahora este atontao?
MIMÍ. Nada, Polín, no le abollas.
POLÍN. ¡Menudo grullo! ¡Hay que ver!
TOMIZA. *(A Juan Francisco, que le habla aparte.)*
¡Vamos! Yo qué voy a hacer
caso de este tumbaollas.
LA TIRANA. Aquí usted se aburrirá
sin olivos ni majuelos.
TOMIZA. *(Mirando a Polín.)*
Olivos, no, que no habrá;
¡pero lo que hace muchuelos...!

ESCENA IV

DICHOS y SOLEDAD en traje de calle.

SOLEDAD. A vuestra disposición.
TOMIZA. *(Aparte.)*
¡La güéspeda! Ya sabía
que no andaría mu largo.
PEPE L. Ea marcha la procesión.
(Inicia el mutis seguido de todos menos de Tomiza.)
JUAN F. *(A Soledad.)*
¿Te vas?
SOLEDAD. A la joyería,
a ver si llegó mi encargo.
Diez minutos.
LA TIRANA. ¿Vamos?
SOLEDAD. Sí.
(Reparando en Tomiza, a quien no habla.)
¿Qué es esto? ¿Tomiza aquí?
TOMIZA. *(Aparte.)*
¡Y se hace la distraía!
Güeno.
CORALITO. *(Ya en la puerta. A Polín, por Tomiza.)*
Tengo la certeza
que viene desde el pesebre.
TOMIZA. *(Que observa que habla de él. Aparte.)*
¡También será mala pieza!

CORALITO. ¡Adiós, tío guarda!
TOMIZA. ¡Adiós, liebre!
(Salen todos, incluso Juan Francisco, que vuelve a entrar a poco.)

ESCENA V

TOMIZA solo. A poco JUAN FRANCISCO.

¡Vaya con Dios Madrí!
Llegué aquí de milagro.
Sales de la estación,
y apenas das un paso,
¡allá van los trenvías,
los guardias y los autos!
¿Dande saldrán tantismos?
¡Lo que abunda lo malo!
Por medio de la calle
paece que van los diablos.
¿Ande irán tan aprisa?
Uno toca un silbato,
otro te s'echa encima
u te llena de barro,
y el otro te amenaza
la cachiporra en alto.
Y anda, si tienes clase,
ponte a echar un cigarro.
La gente t'arrempuja;
te vierte to el tabaco,
t'apaga las cerillas
y tos te icen algo.
JUAN F. *(Entrando.)*
Vamos. Ya estamos solos. ¿Qué trae de bueno?
TOMIZA. ¡Qué quieres que te traiga de aquel terreno!
Dolores y quebrantos y pesaumbres,
a los que es necesario que te acostumbres.
¿Tú te crees, Juan Francisco, que son apaños
estos? ¿Que ende aquel día de hace tres años,
estés en los Madriles de volatero,
tú, que puedes reirte del mundo entero?
¡Di qu'echamos un día cuando el volcazo!
¡Que no se hubiá partío po el espinazo!
JUAN F. Tío Tomiza...
TOMIZA. ¿Qué? Habla.
JUAN F. ¡Qué voy a hablar!
si todo lo comprendo. Y es lo peor
que no tiene remedio.

TOMIZA. ¿Quieres callar?
JUAN F. ¡No le tiene!
TOMIZA. Hoy te vienes a tu lugar,
y mañana a tus yuntas y a tu labor,
y verás si le tiene.
JUAN F. No puede ser.
(Después de una pausa.)
Sí, ya... vendí la dehesa.
TOMIZA. *(Dando un salto.)*
¿Que la has vendío?
¿Y tu casa? ¿Y tus hijos? ¿Y tu mujer?
Tú no eres Juan Francisco. ¡Qué vas a ser!
Tú eres un pisaverdes entontecío.
(Después de una pausa.)
¿Entonces...?
JUAN F. Lo que sea. Menos dejarla,
yo hago pecho con todo.
TOMIZA. ¡Bien te cazó!
¡Valiente lagartona!
JUAN F. Vea que yo
no aguanto que la nombre para insultarla.
TOMIZA. ¿Tadía la defiendes?
JUAN F. Sí. La defiendo.
TOMIZA. ¿Pero te has vuelto loco? ¿Qué estás diciendo?
JUAN F. La verdad, tío Tomiza. Le engañaría
si dijese otra cosa. Si es la barrena
que penetra una vuelta de día en día
y hace más duro el hierro de mi cadena.
Si hasta por su cariño capaz sería,
si a ella se le antojara lucirlo un día,
de robarle a la Virgen de la Almudena
su corona y su manto de pedrería.
LA CRIADA. *(En el pasillo.)*
Cálmese usted, señora.
ROSALÍA. *(En el pasillo también.)*
Si estoy serena.

ESCENA VI

JUAN FRANCISCO, ROSALÍA y TOMIZA, que saldrá cuando se indique.

JUAN F. *(Después de un silencio embarazoso, que pesa sobre Juan Francisco, huyendo la mirada de Rosalía, que demuestra una entereza en su dolor llena de majestad.)*
¿Por qué vienes, Rosalía?
ROSALÍA. Porque necesito verte;

porque sin ti, cada día
va aumentando esta agonía,
que es más cruel que la muerte.
Porque el momento llegó
de que hablemos tú y yo,
cara a cara, pecho a pecho.
Porque voy por un repecho
que Cristo no le subió.
Porque desde aquí no ves
que voy a campo través,
entre zarzales y abrojos,
llenos de sangre los pies
y de lágrimas los ojos.
Porque ya no puedo más.
Porque mientras que tú estás
de fiestas y regocijos,
sin ocuparte jamás
de tu hacienda y de tus hijos,
aquello va río abajo
como piedra en torrentera.
Porque no has sido siquiera
durante el mayor trabajo,
para ir un día a la era.
Porque aunque Rufino crece
y es ser labrador su empeño,
para mandar es pequeño,
y aquéllo se desvanece
como una cosa sin dueño.
*Pues hubo que vendimiar
*y malvender mosto y uvas
*por lo que quisieron dar,
*porque está hundido el lagar
*y se repasan las cubas.
*Porque de nada haces caso
*y no sabes lo que pasa:
*porque es ya tal el atraso,
*que si vamos a este paso
*desaparece tu casa.
*Pues es ya tal tu abandono,
*que la simienza se ha hecho
*sin poder dar al barbecho
*ni un mal puñado de abono
*que le sirva de provecho.
Porque tú aquí no calculas
lo que sufre tu mujer,

NOTA.—Los versos marcados con asteriscos se pueden suprimir a voluntad de la riz.

que ha tenido que vender
¡hasta el pienso de las mulas!
para darles de comer
a tus hijos. Porque eres
de los hombres el peor
cuando a... esa... mujer prefieres,
y andas detrás de... *ese... amor*
prendido con alfileres.
Vengo ahogada por la pena
porque necesito hablarte.
Porque estoy de dolor llena,
y este dolor te condena...
Por eso vengo a buscarte.
Pues aunque me duele tanto,
yo cumplo con mi deber
de madre. ¡Mi deber santo!
(Bebiéndose las lágrimas, pero entera.)
Ya sabes por qué en su llanto
viene a verte tu mujer.
(Tomizo hace mutis en silencio dando muestras d
gran pesar.)

JUAN F. *(Aturdido.)*
Bueno. ¿Qué quieres? Termina.

ROSALÍA. Que dejes la mala senda.
Que te vuelvas a tu hacienda
donde amenaza la ruina.
Que se te quite la venda
que obscurece tu razón.
Que te mires bien al pecho.
Que hables a tu corazón.
Que veas la mala acción
que con tu conducta has hecho.
Que pienses. Que reflexiones...

JUAN F. *(Después de una lucha interior.)*
Ya no es tiempo, Rosalía.

ROSALÍA. *(Asombrada y herida por lo brusco de la decla*
ración.)
¿Qué dices? ¿Qué te propones?

JUAN F. Es inútil tu porfía.

ROSALÍA. ¡Está loco, madre mía!

JUAN F. Cuando arrastran las pasiones.
con la fuerza de la mía;
cuando el delirio las guía
ni se miran las acciones,
ni asustan por su cuantía.
¡Qué sabe amor de razones!
¡Qué sabe amor del deber,

si no lo quiere saber
y en olvidarlo se empeña!
¿Si con el abismo sueña,
quién le podrá detener
al risco que se despeña?
Hay que dejarlo correr;
que ruede de breña en breña;
que se rompa y se destroce
sin detenerse en su afán,
lo mismo que el huracán
que la razón no conoce.

ROSALÍA. ¡Juan Francisco! ¡Por piedad!

JUAN F. *(Queriéndose defender débilmente.)*
¡Piensa de mí lo que quieras...!

ROSALÍA. *(Desgarrada en la súplica.)*
¡Oyeme, por caridad,
que las fieras con ser fieras
no tienen tu crueldad!
Piensa que estoy ofendida
más que la que más lo esté;
que he sufrido sin medida;
que si a este sitio llegué,
algo me debe empujar;
¡algo que sea sagrado
como el paño de un altar!
Para olvidar tu traición,
algo he de traer clavado
en el propio corazón
que sin cesar le taladre.

JUAN F. *(A punto de entregarse.)*
¡Rosalía...!

ROSALÍA. *(Con las manos juntas, en actitud de orar.)*
Has de pensar,
que quien te viene a buscar,
no es la mujer. ¡Es la madre!
(Cuando está a punto de caer a los pies de Juan Francisco, aparece Soledad. Juan Francisco, que iba a caer en sus brazos, a la vista de Soledad se detiene. Hay un silencio hostil.)

ESCENA VII Y FINAL

Dichos y SOLEDAD, que llega por el foro.

SOLEDAD. *(Aparte.)*
¡Rosalía!
(A Rosalía.) ¡Usted...!

ROSALÍA. *(Con seca dignidad.)* Sí. ¡Yo!

Yo, que arrostrándolo todo
vine a recoger del lodo
lo que a mis hijos robó.

SOLEDAD. *(Sin dejar la puerta, con despecho y burla.)*
¿En el lodo? ¡No se explica!
Se va a manchar si no salta.

ROSALÍA. *(Altanera.)*
Oiga usted: yo estoy tan alta
que el lodo no me salpica.
(Al ver que Juan Francisco ni la defiende ni mueve.)
(Yendo a la puerta.)
¡Adiós, Juan Francisco.

JUAN F. Espera.
(Queriendo ir con ella, pero detenido por la mirada de Soledad.)

ROSALÍA. Déjeme salir, ¡traidora!

SOLEDAD. No insulte tan altanera
si el despecho le acalora.
Si entonces miré quién era,
aquí, aunque usted no quiera,
somos iguales ahora.

ROSALÍA. Es distinta nuestra esfera.
(Escupiendo las palabras con profundo desprecio)
(Ya en la puerta.)
¡Usted... es una cualquiera!
(Con orgullo majestuoso y supremo.)
¡Y yo soy una señora!
(Sale altiva con seca dignidad.)
(Juan Francisco lucha consigo mismo contemplando la escena en silencio sin ir en auxilio de ninguna

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL TERCER ACTO

La misma decoración de los actos primero y segundo, en un día nublado de invierno

ESCENA PRIMERA

En escena los gañanes y criados de la casa, alrededor de la mesa, en la que JOSÉ ha hecho varios montones de calderilla, que les va entregando a cada uno y que éstos cuentan. JUANA y TOMIZA, separados del grupo, hablan, sentados en un banco. Un fondo de tristeza pesa en el ánimo de todos. Es de día.

JOSÉ. *(A los criados.)*
Aquí tenéis los jornales.
Id contando.

JUANA. ¡Llega al alma!

TOMIZA. ¡Dímelo a mí!

JUANA. ¡Tío Tomiza...!
¡Qué pena!

TOMIZA. ¡Dices bien, Juana!
¡Qué pena!

JUANA. Yo desde ayer,
cuando me lo dijo el ama,
estoy que no sé qué tengo.

TOMIZA. Naá chica: que esto s'acaba.
Que el amo, que era un bendito,
pilló la vereda mala,
y s'ha deshecho la hacienda
como la sal en el agua.
¡Las dichosas mujercitas!
¡Maldita sea su casta!

JUANA. ¡Tío Tomiza!
TOMIZA. La mejor,
colgá. ¡Que no reventaran!
JUANA. Siempre está usted maldiciendo
de nosotras.
TOMIZA. Mira, Juana:
Pa lo que venís al mundo...
¡Maldito si hacíais falta!
¡Pa esto! Mira el espejo
de lo que es hoy esta casa.
JUANA. ¡Quién lo había de pensar!
A mí de quien me da lástima
es del ama.
TOMIZA. ¡Rosalía,
sí que es güena!
JUANA. Es una santa.
(Transición)
¿Y llegó ya el nuevo amo?
TOMIZA. Ya llegó. Esta mañana
le he visto andar por la dehesa,
y por poco pierdo l'habla.
¿Quién dirás que es? Sebastián.
El tratante.
JUANA. ¡Virgen santa!
TOMIZA. ¡Ya ves si da el mundo güeltas!
¡Pa marease!
JUANA. Es bien rara
la cosa.
TOMIZA. ¡Que si lo es!
Y que le tiene unas ganas
Sebastián a Juan Francisco...
Si está aquí, no sé qué pasa.
JUANA. ¿Al cabo de los mil años?
TOMIZA. Ya tú ves. En las tarayas
se encontraban Sebastián,
Juan Ramón y otro tío maula,
por lo visto de Madrí,
almorzando al sol de cara,
y yo, detrás del bardazo,
traspuesto con una mata,
sin que me vieran, oí
lo que Sebastián parlaba.
JUANA. ¿Qué decía?
TOMIZA. Les contó
lo de aquel día de marras.
Que espechao por el coraje,
porque no pudo matala
ni echar mano a Juan Francisco,

se marchó fuera de España.
Que llegó lejos, mu lejos,
a un lugar que icen las Pámpanas,
y allí formó Sociedá
con uno que le llamaban
el rey de los animales
de tantos como ajuntaba.
Que llevó barcos enteros
de mulas americanas
a tuitas partes, y un día,
que estaba vendiendo en Francia,
tuvo razón de que fuera;
que había estirao la pata
el otro. Que llegó allí...
y agárrate, no te caigas:
Al morir le dejó tuito
a Sebastián. Las piaras,
no sé qué de gasolina,
y minas de oro y de plata.
Un cerro montón de duros,
pa acabar pronto.

JSÉ. *(A una campesina.)* Nicasia,
toma lo de tu marido.
Cuenta.

)MIZA. *(A Juana.)* Sí, sí. Con romana.
Allí no creas que cuentan
los cuartos como en España.
Allí el dinero se pesa.
Porque de pesos hablaban.

JANA. Eso sí que es tener suerte.
Ahora lo que más extraña
es comprar esto.

)MIZA. Tamién
les ha explicao que soñaba
con ser el amo de aquí.
Y que al mandale la carta
Juan Ramón, que Juan Francisco
la vendió, que vino a España
pa mercarla al nuevo dueño,
costase lo que costara.

JANA. ¡Vaya un capricho!
(Transición.) ¿Y Teresa,
no viene?

)MIZA. Sí.

JANA. Pues se tarda.

)MIZA. Como su madre está así...

JANA. Mire usted. Ya sale el ama.

ESCENA II

DICHOS y ROSALÍA. Entra primera izquierda. En su semblante se advierte las llas del sufrimiento y en su habla segura la resignación.

ROSALÍA. *(A José.)*
¿Arreglado?
JOSÉ. Sí, señora.
ROSALÍA. ¿Les pagaste?
JOSÉ. Les pagué
a todos.
ROSALÍA. Muy bien, José.
(A los criados y gañanes.)
Oid un momento ahora.
Desde hoy no soy el ama.
JOSÉ. *(Llorando.)*
Sí, señora.
ROSALÍA. *(En amarga sonrisa.)*
No. Ya no.
Hoja que el viento arrancó
no vuelve más a la rama.
TOMIZA. ¡Rosalía!
ROSALÍA. *(Con la voz turbia por la emoción, enjugándose una lágrima.)*
Dios lo quiso...
Hágase su voluntad.
Yo confío en su bondad.
(Uno del grupo.)
Nosotros, con su permiso,
nos marchamos.
(Otro.)
Vamos, sí.
(Los criados se disponen a salir.)
ROSALÍA. Y perdonad si algún día,
por vuestro bien, reprendí.
TOMIZA. ¿Quieres callar, Rosalía?
JUANA. *(A Tomiza.)*
¡Déjela. No la regañe!
(Los criados van saliendo, y Soledad les acompaña hasta la puerta del foro.)
ROSALÍA. *(Aparte.)*
¡Oh, qué dolor más cruel.
(Uno del grupo. Saliendo y bebiéndose las lágrimas.)
¡Condiós! *(Otro.)*
¡Condiós!
ROSALÍA. Id con él
y que siempre os acompañe.
(Salen todos, quedando en escena Rosalía, Tomi

José y Juana. Cuando mayor es el silencio, se oye la voz pausada del gañán, que labra en la lejanía, cantar la siguiente copla.)
(La voz del gañán.)
«La tierra en que yo me muera
pido a Dios que sea mía;
pa que al labrarla mis hijos
me recen todos los días.»
Yo escardaré la tierra mientras tú aras.

TOMIZA. *(Al ver que Rosalía rompe a llorar.)*
¡Qué lástima d'anginas...! ¡Que no t'augaras...!

ESCENA III

ROSALÍA. *(A Tomiza.)*
Usted, ya desde mañana
le servirá al nuevo amo.

TOMIZA. ¿Quién, yo? No me da la gana.
Como Tomiza me llamo,
que no me quedo.

ROSALÍA. Y tú, Juana,
Más que criada, mi amiga;
más que amiga, compañera;
más que compañera, hermana;
la necesidad me obliga
con dolor a que te diga
que yo ya no soy quien era.
Que aquí, menos la honradez,
se ha desvanecido todo.
Que has de buscar acomodo,
porque es ya tal la escasez,
que no hay de que sigas modo.
Tú, José, mi fiel criado;
bueno y leal como un perro;
campesino como un cerro,
siempre a la tierra pegado;
trabajador como el hierro
de la reja del arado,
también te has de separar.
Con la yunta que me queda
mi Rufino irá a labrar.
Yo también sé trabajar.
Se saldrá como se pueda.
Dios no me ha de abandonar.

JUANA. *(A Tomiza y José.)*
Suceda lo que suceda
no nos debemos marchar.

ROSALÍA. Yo con mis padres me voy
y a mis hijos les haré
que sean como yo soy.
JOSÉ. Ama...
ROSALÍA. ¿Qué dices, José?
JOSÉ. *(Con profundo respeto.)*
Pues... que los tres sin hablar
pensamos de igual manera.
No la podemos dejar.
Tómelo usted como quiera,
pero no; no la dejamos.
ROSALÍA. Sí, José; sí.
TOMIZA. No podemos.
Nosotros, que te queremos;
que por buena te adoramos
como a virgen del altar;
que te hemos visto reir;
que te vimos disfrutar;
que te miramos sufrir
y te sentimos llorar,
no podemos consentir
que se aumente tu pesar.
(En un arranque sincero.)
Ni nos debes despedir...
Ni te debemos dejar.
JOSÉ. Mándenos usted rodar,
y nosotros obedientes
igual que piedras rodamos,
y si es preciso arrancar,
para poderla ayudar,
los guijarros con los dientes,
nosotros los arrancamos
los tres con la misma idea.
JUANA. Muy bien.
TOMIZA. Manda lo que sea...
(Sentándose en una silla.)
que nosotros no nos vamos.
ROSALÍA. *(A Juana.)*
Sí, Juana. Debéis marchar.
Las intenciones son buenas;
pero no puedo aceptar.
Ni os podría pagar,
ni otra cosa puedo dar
que pesadumbres y penas.
TOMIZA. Pus lo que sea del mar...
¡que sea de las arenas!
No nos vamos, Rosalía.
JUANA. *(Suplicando.)* ¡Consienta usted!

ROSALÍA. *(Después de una pausa.)*
Bien; consiento.
JUANA. *(Llorando de gozo.)*
Nos quedamos. ¡Qué alegría!
ROSALÍA. José: Prepara al momento,
y a ver si antes de una hora
ya está listo el carruaje.
¿Qué, podrá estar?
JOSÉ. Sí, señora.
ROSALÍA. *(A Juana.)*
Pues a hacer el equipaje.
(A José.)
Que no quiero dar lugar
a que nos echen, José,
y debe estar al llegar
quien sea.
TOMIZA. El nuevo dueño.
¿Sabes quién es?
ROSALÍA. Ni lo sé,
ni en saberlo tengo empeño.
Ya lo dirán.
(A Juana.)
Vamos, Juana.
(Salen primera izquierda.)

ESCENA IV

JOSÉ y TOMIZA

TOMIZA. ¿Qué enganchas?
JOSÉ. Una galera.
(Yendo hacia el foro.)
TOMIZA. ¿Y qué yunta?
JOSÉ. La alazana.
TOMIZA. ¡La suya!
JOSÉ. Sí; la que era
cuando él iba en la besana
como una alondra terrera,
que entre los surcos afana
relustrosa y pinturera.
La que al crujir la collera
sobre el rollo azul y grana,
brillaba como bandera
que saluda en la mañana
de la nueva primavera.
(Se oye rumor de gente y Tomiza va a la puerta.)
JOSÉ. ¿Qué gente es?

TOMIZA. *(Yendo a la puerta.)*
La que se espera.
JOSÉ. *(Haciendo una indicación de cabeza para que le siga.)*
Pues no hay tiempo que perder.
(Sale por el foro y se va por la izquierda.)
TOMIZA. *(Siguiéndole.)*
Aguarda que voy a ver
si entrego la bandolera.
(La arroja a los pies de Sebastián, que llega con Juan Ramón y Ligero por el foro derecha. Tomiza sale siguiendo a José. Ligero cojea visiblemente.)

ESCENA V

SEBASTIÁN, bien vestido; JUAN RAMÓN, y LIGERO.

SEBASTIÁN. *(Sonriendo al caer la bandolera a sus pies.)*
Bien nos reciben, bien.
LIGERO. No hay que hacer caso.
Lo importante es que tiene usted la finca.
SEBASTIÁN. Eso sí. Lo importante era apropiarse
de esta casa.
JUAN R. Ya es tuya.
SEBASTIÁN. Sí. Ya es mía.
(En suspiro de satisfacción.)
¡Por fin!
LIGERO. Ya la logró.
SEBASTIÁN. Si era mi sueño.
Si es el mejor momento de vida.
¡Desde que me marché, pensando en ella!
Yo no creí jamás que sonaría
mi hora en el reloj de la venganza.
Si aquí fué donde yo sufrí la herida;
donde me despreció la mujer mala;
donde me traicionó quien yo creía
mi amigo.
JUAN R. Sebastián. ¡Güeno está eso!
SEBASTIÁN. Si esto era mi ilusión.
LIGERO. Así se explica
que no regateara dos pesetas
y diera veinte mil duros de prima.
SEBASTIÁN. Y no me sacó más porque no quiso.
JUAN R. ¡Chavó! ¿Tadía más?
SEBASTIÁN. Si a eso venía.

A cobrarme la deuda.
(Como hablando consigo mismo.)
Él me quitó
lo que formó el encanto de mi vida,
porque entonces tenía más dinero...
y además a traición. Ahora ya es mía
la dehesa que él regara con sudores;
la que se fecundó con sus caricias...

AN R. Pos entonces, en paz.

BASTIÁN. No. Lo que siento
es no encontrarle aquí.

AN R. ¿Pa qué querías
que él estuviese aquí?

BASTIÁN. Para decirle:
¿Te acuerdas, so cobarde, de aquel día
que me heriste a traición? ¿Que no miraste
nuestra amistad para agrandar la herida?
Pues esta finca tuya, donde tú
dejaste tanta sangre, ahora es mía,
como era la mujer que me robaste;
la juego a cara y cruz contra tu vida.
Si tienes corazón, ven a por ella,
y a ver si cara a cara me la quitas.
¿Está aquí la mujer de Juan Francisco?

ERO. No debe haber salido todavía.

BASTIÁN. Pues vamos para adentro, no me vea,
y sin querer clavemos más la espina.
(Inician el mutis Sebastián y Juan Ramón.)

ERO. Pasen. Ahora voy.

BASTIÁN. *(Ya en la puerta.)* Al fin y al cabo
de esto no tiene culpa Rosalía.
(Sale por la derecha.)

ERO. Yo mientras veré al guarda a ver si quiere
seguir o no.

AN R. Pregunte por Tomiza.
(Sale detrás de Sebastián.)

ESCENA VI

LIGERO y TOMIZA, por la derecha.

ERO. *(Va al foro llamando.)*
Oiga, amigo.

MIZA. ¿Qué le pasa?

ERO. Usted que es de por aquí.
¿Está Tomiza en la casa?

TOMIZA. Si le forma cuenta, si está.

LIGERO. ¿Le quiere llamar?

TOMIZA. ¿Pa qué? Si se pué saber.

LIGERO. Para quedarse a guardar.

TOMIZA. Me pai que no va a querer.

LIGERO. ¡Usted qué sabe si quiere, sin hablar con él primero!

TOMIZA. Güeno. Y pa que yo me entere. ¿Usté quién es?

LIGERO. Juan Ligero. Soy corredor de la plaza...

(Cortado por la carcajada de Tomiza, que al lo de corredor ríe con toda el alma.)

¿De qué se ríe, señor?

TOMIZA. De qué será corredor... ¡Pero tiene mala traza!

LIGERO. *(Aparte.)* ¡Qué chistoso!

(A Tomiza.) Llámele, que la respuesta es urgente.

TOMIZA. ¿Que le llame?

LIGERO. Sí.

TOMIZA. ¿Pa qué? Si está de cuerpo presente.

LIGERO. *(Sin comprender.)* ¿Se ha muerto?

TOMIZA. Ni Dios lo quiera.

LIGERO. Hablando de esa manera no se entenderá conmigo.

TOMIZA. Pus yo sé lo que me digo. Es que el día que se muera... pierdo yo el mejor amigo.

LIGERO. No entiendo.

TOMIZA. ¿No? Si soy yo.

LIGERO. ¡Ah! ¿Le conviene?

TOMIZA. A mí, no. Ya entregué la bandolera.

ESCENA VII

DICHOS y JUAN RAMÓN, por la derecha.

JUAN R. *(A Tomiza.)* Vamos, hombre; no te enfades.

TOMIZA. *(Aparte.)* Vaya qué alhajas los dos.

JAN R. Mu güenas, Tomiza.
OMIZA. Adiós,
cuerpo lleno de verdades.
GERO. *(Asombrado.)*
¿De verdades?
JAN R. Sí, señó.
De verdades. Ya usté ve.
OMIZA. Lo digo porque lo sé.
JAN R. ¡Olé, bien! Choca, chavó.
(Le alarga la mano, que Tomiza rechaza.)
OMIZA. Tengo arrecía la mano.
GERO. ¿Decir verdad un gitano,
siendo gitano de cuna?
JAN R. Ya vé. Mi cuerpo serrano
está de verdades pleno.
(A Ligero.)
¡Por Jesús de Nazareno
no tenga usté duda alguna
que lo dice un hombre güeno!
GERO. Tomiza vive en la luna.
OMIZA. Pus no ha de tenele lleno
si en jamás dijo ninguna.
JAN R. *(A Ligero.)*
Oiga, dice Sebastián
que a ver si usté le asegura.
OMIZA. Guárdala tú, so haragán.
JAN R. Que aquí está seguro el pan;
te da palabra este cura.
OMIZA. No estás tú mal sacristán.
JAN R. *(Aparte.)*
Qué payo más asaura.
GERO. Se le aumentará el jornal
dos pesetas cada día.
OMIZA. Que no.
GERO. Piénselo.
OMIZA. Es igual.
Mas que me borden en oro.
GERO. Mire que...
(Iniciando el mutis.)
OMIZA. Primero moro
que dejar a Rosalía.
GERO. Bueno; ya se ha de acordar.
(Sale por la derecha con Juan Ramón.)
OMIZA. *(Iniciando el mutis.)*
Yo soy más duro que un risco.
¡A mí qué me va a pesar!

ESCENA VIII

TOMIZA y JUAN FRANCISCO, que llega por el foro.

JUAN F. ¡Tío Tomiza!
TOMIZA. *(Asombrado.)*
¡Juan Francisco!
(Aparte.)
Como icían en Madrí,
¡esto es *el carabinón!*
(A Juan Francisco.)
¿Qué vienes buscando aquí?
JUAN F. Lo que perdió el corazón.
TOMIZA. ¿El corazón? ¿Tú le tienes?
JUAN F. *(Aturdido.)*
¡Tío Tomiza...!
TOMIZA. No pué ser
que le tengas, cuando vienes
a verla de padecer.
¡El corazón! ¿Y antiyer,
cuando estuvimos allí
yo, tu suegro y tu mujer,
y nos dejaste volver,
donde le tenías? ¿Di?
¿O es que le has mandao de hacer?
¡Porque yo no te le vi!
JUAN F. ¿Y mi mujer?
TOMIZA. Preparando
los baúles.

ESCENA IX Y ULTIMA

JUAN FRANCISCO y ROSALÍA, por primera izquierda. Después, SEBASTIÁN

ROSALÍA. ¿Eh? ¿Tú aquí?
TOMIZA. *(Yéndose por la derecha.)*
Sí que se va esto arreglando.
(Pausa. Gran silencio. Rosalía, en un reproche airado y digno.)
ROSALÍA. ¿Es que estabas al acecho
para amargar mi agonía?
¡Por lo visto, lo que has hecho
no es bastante todavía!
¿Aún quieres más?
JUAN F. *(Sinceramente dolorido.)* ¡Rosalía...!
ROSALÍA. ¿No te sientes satisfecho?
¿Es que yo te ofendí tanto

que no me puedes dejar
que busque alivio en mi llanto?
¿Es que es poco este pesar,
que es una llaga en mi pecho?
(Amargamente indignada.)
¿Es que no tengo derecho
siquiera para llorar?
Vete y déjame sufrir
a solas con mi dolor.

JUAN F. Comprendo bien tu rencor;
sé lo que quieres decir;
pero no me puedo ir
porque otro dolor mayor
es el que me hace venir.
(A un movimiento de asombro de Rosalía.)
El del arrepentimiento,
que forjan los desengaños.
Con una sinceridad que hace que Rosalía escuche en silencio, y que Sebastián, que aparece en la puerta y que al ver a Juan Francisco demuestra en el gesto su satisfacción, quede detenido, subyugado por el acento de Juan Francisco. Este y Rosalía no le ven.)
Hay en la vida un momento
en que se viven cien años
de eterno remordimiento.
Hay en la vida un instante
tan claro, que en un segundo
se alza una verdad gigante
como la entraña del mundo.
Esa verdad que despeja
las nieblas de la razón,
y al limpiar el corazón
nos guía y nos aconseja.
(Después de una breve pausa.)
Soy como aquel peregrino
que en el resplandor del día,
ante su luz se confía
y hace un alto en el camino.
Tiende la noche su manto
y él, ciego en la noche, llora,
hasta que enjuga su llanto
la nueva luz de la aurora.
¡Malo fuí! ¡Malo! Peor
que el que peor pueda ser.
Para el amigo, traidor
al robarle la mujer;
para la esposa, perjuro;

(Velada la voz por la emoción.)
para los hijos... mal padre.

ROSALÍA. *(Hablando consigo misma.)*
Su arrepentimiento es puro.

JUAN F. Sí. Del alma.
(Solemne, después de una pausa brevísima.)
¡Te lo juro
por la gloria de mi madre!
Y ahora escucha, Rosalía.
No vengo a por tu perdón,
que más criminal sería
pretenderle sin razón
y sin darte una alegría.
Sólo quiero la promesa
que te mostrarás clemente,
cuando mi pecho y mi frente
sepan ganar otra dehesa.
(Iniciando el mutis después de una lucha interior.)
¡Adiós!

ROSALÍA. *(Al ver que se marcha.)*
¡Oye...!

JUAN F. Tú a esperar,
y yo con los ojos fijos
en lo que dice el cantar,
a matarme y a ganar
la tierra para mis hijos.
La mano sobre la esteva,
sabré con mi vida nueva
labrar del perdón los lazos.
(En humilde ruego.)
¿Cuento con él?

ROSALÍA. *(Después de un momento de lucha, con los brazos abiertos, abrazándose a él.)*
Ten la prueba.
Que una madre siempre lleva
el alma puesta en los brazos.
(Después de un largo abrazo, en el que los dos lloran, Juan Francisco, resuelto en el gesto y en la voz, se pretende separar de Rosalía, que intenta retenerle. Por fin consigue desprenderse de sus brazos.)

JUAN F. Ahora ya, déjame.

ROSALÍA. No.

JUAN F. Sí; voy a buscar su pan.

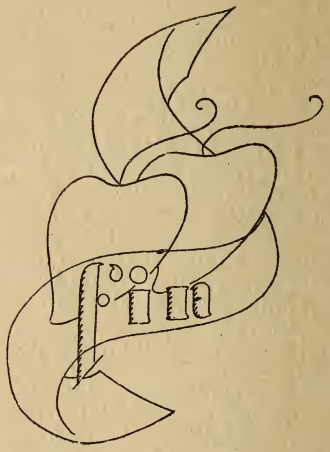
ROSALÍA. No te vayas.

JUAN F. *(Soltándose, un poco brusco, por la seguridad de pensamiento.)*
¡En mi afán
no hay quien me detenga!

SEBASTIÁN. *(Adelantándose.)* ¡Yo!
JUAN F. Y ROSALÍA. *(A un tiempo, en supremo esfuerzo.)* *(Los dos.)* ¡¡Sebastián!!
SEBASTIÁN. ¡Sí! ¡Sebastián!
(Juan Francisco se yergue, sin fanfarronería, y viene a su encuentro, con valiente serenidad. Rosalía, instintivamente, quiere interponerse entre los dos hombres, y Juan Francisco la separa sin brusquedad, pero con entereza.)
Yo, que abrigué la esperanza
plena de que llegaría
el día de mi venganza.
Yo, que compré tu labranza,
pensando día por día
en encontrarnos los dos
aquí...
ROSALÍA. ¡Sebastián, por Dios!
JUAN F. Déjale hablar, Rosalía.
(A Sebastián.)
Sigue.
SEBASTIÁN. Yo, que presencié
desde esa puerta la escena,
y ante una madre tan buena
de mi rencor me olvidé.
JUAN F. *(Sinceramente conmovido.)*
¡Sebastián...!
SEBASTIÁN. Si perdonó,
siendo a quien más ofendieras,
los hombres que no son fieras
¡también perdonan!, y yo
(Abriendo los brazos.)
te perdono. Aquí hay un pecho
que encontró su recompensa
dando al olvido aquel hecho.
ROSALÍA. *(Hondamente conmovida.)*
¡Oh, qué dicha más intensa!
JUAN F. *(Dando un abrazo a Sebastián.)*
¡Sebastián! ¡De corazón!
ROSALÍA. *(Alzando los ojos al cielo.)*
¡Cuanto mayor es la ofensa,
más hermoso es el perdón!
(El cielo se ha despejado. Un rayo de sol ilumina la escena, mientras, en la lejanía, vuelve a oírse la voz del gañán.)
Pasa, cordera, etc.

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA



LA FARSA

PUBLICACION SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)-Sección de publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

UMEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y Verneuil, aducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw, música del aestro Vives.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche, música del maestro osillo.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín varez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptaón de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de Sela y Anselmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo y Vert.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE, O LAS VELEIDADES DE ELENA, Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...! de Armont y Gerbidón, versión talana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw, música del aestro Guerrero.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON-MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Emilio Carrère y Francisco de Pacheco, música del maestro Pablo Luna.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina (Número omenaje a María Guerrero).
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.

29. LA PETENERA, de Francisco Serrano Anguita y Manuel de Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche, música de Soutullo y Vert.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque, música de Moreno Torroba.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley.
35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, basada en la obra de Julio Dantas "La Severa", música del maestro Rafael Millán.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Manuel Linares Rivas.
42. HERNANI, versión y arreglo a la escena española por don Manuel y D. Antonio Machado y D. Francisco Villaespesa.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo C. Carreño, música de Cayo Vela y Bru.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig, en colaboración con L. Marchand.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.
47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, por Francisco Ramos de Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José María Vela.—LA MAS FUERTE, de Augusto Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoy, traducción de Torralva Beci.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Jacinto Benavente, y SONATA, de Francisco de Viu.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de Emilio González del Castillo y Manuel Martí Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de Julián Sánchez-Prieto, El pastor poeta.

SI QUIERE LEER A LOS MEJORES AUTORES

COMPRE TODOS LOS JUEVES

LA NOVELA MUNDIAL

Esmerada presentación. La más económica.

Ilustrada por los mejores dibujantes españoles.

Colaboran en ella, entre otros, los maestros de la novela contemporánea española, Pío Baroja, Alberto Insúa, Ramón del Valle-Inclán, Pedro Mata, Ramón Pérez de Ayala, Manuel Bueno, Rafael López de Haro, Antonio Zozaya, Francisco Camba, Cristóbal de Castro y Emilio Carrère, y los nuevos novelistas Jesús R. Coloma, Valentín de Pedro, Juan José Lorente, Alberto Marín Alcalde y José Llampayas.

30 CENTIMOS EJEMPLAR

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Madrid:	semestre,	7,50	pesetas;	año,	14 pesetas
Provincias:	semestre,	8,00	—	año,	15 —
Extranjero:	semestre,	13,00	—	año,	24 —

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

RIVADENEYRA S. A.-Sección de Publicaciones

Paseo de San Vicente, 20.-MADRID

JULIAN SANCHEZ PRIETO "El Pastor Poeta"

Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid